

Al Mutamid

Sueño en un acto

Juan García Larrondo

...Para tus ojos moros, Amor,
y los sueños que me arrancaste.

PERSONAJES

AL MUTAMID, *poeta y rey de Sevilla.*

UNA HIJA *de Al Mutamid.*

ITIMAD, *lavandera y después reina.*

IBN AL LABBANA, *poeta y visir.*

IBN AMMAR, *poeta y visir.*

LA LUNA *mora.*

DOS LAVANDERAS.

RUMAYK, *muletero.*

IBN ZAYDÚN, *poeta y visir.*

ABBAD, *primogénito niño de Al Mutamid.*

ABD AL YALIL, *poeta.*

ALFONSO VI, *rey cristiano.*

LA HECHICERA *de los Abbadíes.*

RADHI, *hijo de Al Mutamid.*

RACHID, *hijo de Al Mutamid.*

MOCANA, *Cadí de Badajoz.*

IBN HADDAM, *Cadí de Córdoba.*

ABÚ DJAFAR, *Cadí de Granada.*

YUSUF, *rey almorávide.*

*Músicos, bailarinas, esclavas, coperos y criados,
cortezanos, visires, cadíes, poetas y gentes de
Sevilla, soldados cristianos, de Al Mutamid y de
Yusuf.*

Hijos e hijas de Al Mutamid.

Últimos años del siglo XI. Agmat, Marruecos. Música arábica, triste. Una lumbre ilumina al anciano rey AL MUTAMID, solo, exiliado hasta de sí mismo. De sus muñecas y tobillos nacen unas infinitas cadenas que cubren el suelo de lo que podría ser una humilde casa. Todo está inmóvil. Redoblan, monótonos, dolorosamente lentos, unos tambores apagados de guerra. MUTAMID abre los ojos y comienza a soñar.

MUTAMID.- (Acariciando sus cadenas.) Cadena mía, ¿no me conoces por buen musulmán? ¿Por qué te ciñes tanto a mí? Ya te has bebido mi sangre, has comido mi carne y has roto mis huesos. Cadenas sombrías, que os deslizáis como serpientes, apretándome como leones fuertes y crueles... Tened respeto que es a Mutamid al que cubrís.

(Se oyen pasos. Las cadenas empiezan a deslizarse, abandonando lentamente al cautivo.)

¿Dónde vais?... ¡Volved! ¡Volved, cadenas mías! ¡Cuervos de Agmat! ¡Respeto para el que con dádivas y espadas mandaba a los hombres al Paraíso o al Infierno!...

(Las cadenas desaparecen. Una hija de MUTAMID entra, cargada de sacos, sucia y sudorosa. MUTAMID se sobrecoge, apartándose.)

UNA HIJA.- (Cansada, soltando los bultos.) ¿Con quién habláis, padre?

MUTAMID.- (Cerrando los ojos.) Soñaba con mis cadenas.

UNA HIJA.- (Comprensiva.) ¿Y no habéis probado la comida? Pues las melancolías no os trocarán el dolor del alma por el del vientre... **(Se acerca a él, lo besa respetuosamente y le sonríe, mostrándole una pulsera.)** ¡Mirad esta cadena que sí es real! ¿No os gusta?

MUTAMID.- (Observa la baratija, luego a su hija.) Has crecido, y tu amo te hace ahora esclava de su amor, ¿no? **(La joven se ruboriza.)** Anda, tráeme un poco de agua.

UNA HIJA.- (Obedeciendo.) Si lo veis prudente, padre, podría hablar con el Hakim de Agmat. Sé que una vez casada atenderá mis súplicas...

MUTAMID.- (Escupiendo el agua.) ¡Ni el agua de Agmat es buena! Ninguna agua será nunca tan benéfica como la que nos regalaba el Guadalquivir...

UNA HIJA.- (Dolida, pero sin perder la compostura.) Señor. Yo le amo y él me ha pedido...

MUTAMID.- Tú eres hija de un rey.

UNA HIJA.- Sí, del más grande rey. Pero ahora soy sierva, ¿acaso olvidasteis que también soy hija de la esclava Rumaykiyya?

MUTAMID.- (Mirando triste a su hija.) Ya sólo tengo nostalgias. **(Le pide otra vez agua. Esta vez se la bebe sin rechistar.)** ¿Dónde está tu madre?

UNA HIJA.- Fuera. Lavando.

MUTAMID.- (Llora.) ¡Qué cruel es la vida! Parece que fue ayer cuando vi por primera vez a la más bella esclava de Sevilla lavando en la orilla del río, con su gracia... ¡Triste destino el suyo que, tras hacerla reina, la ha devuelto al sitio donde la recogí!

(Entra ITIMAD, vestida con harapos, desvelándose y cargada de ropas.)

ITIMAD.- (Dulce.) ¿Y qué? Mis manos estaban acostumbradas a frotar las ropas ajenas y recuerdan perfectamente esas labores. ¡Mejor piensa en la suerte que con eso adelantamos! ¿Y qué es eso? ¿No has comido aún?

MUTAMID.- No me riñas, esposa. Y déjame que bese tus manos.

ITIMAD.- La sangre de los Abbadíes corre con demasiado orgullo por tus venas. Atrás quedaron los tiempos en que las lavanderas pasaban de la orilla del río al trono...

MUTAMID.- Ahora los reyes pasan del trono a la muerte o al destierro.

ITIMAD.- (Sonriente.) Sí, pero incluso en el destierro un rey debe alimentarse. **(Le acerca un cuenco con comida.)** Yo te sigo sirviendo igual, ¿ves?

MUTAMID.- El Dios que nos trajo aquí, a humillarnos, a quitarnos las glorias de antaño, es el mismo que me premió con el más grande don de todos: tú, mi reina Itimad.

(Se abrazan. MUTAMID acepta comer algo.)

ITIMAD.- Sal fuera y cuida de tus hermanos, hija. Pero cúbrete el rostro, que acechan los amigos de los faqués y ya no estamos en Al-Andalus... **(La joven obedece.)** Escúchame, esposo. Tu hija necesita tu aprobación para casarse y no puedes evitarla más. Será bueno para ella. La salvará de toda esta desgracia y quizás pueda interceder ante el gobernador por nosotros...

MUTAMID.- **(Dejando de comer.)** No, ya no estamos en Al-Andalus. ¿No ves a tus hijas, andrajosas y hambrientas, hilando para otros? Acuden a saludarte, cabizbajas, macilentas, consumidas. Pisan descalzas el cruel barro, como si no hubieran pisado almizcle o alcanfor...

ITIMAD.- Confórmate, Mutamid.

MUTAMID.- Lloraré lo que me queda de vida.

ITIMAD.- **(Dándole de comer ella misma.)** ¡Basta de lamentos! ¡Con la dieta poética no se come! Y ya es hora que descanse este derrame de lágrimas.

MUTAMID.- Ya es hora de que llanto y mejillas mueran, sí. No puedo sobrevivir a esta prisión de Agmat, amor mío. Cada vez que abro los ojos veo cadenas y, cada vez que los cierro, también. No puedo ni respirar cuando te miro, cuando os veo, a ti y a los pocos hijos que nos quedan, convertidos en esclavos como si todo hubiese sido nada más que un sueño...

ITIMAD.- ¿Acaso se puede arrebatar la nobleza? Si el dolor es grande, consuela tu alma por lo pasado y vivamos este presidio con la altivez con que vivimos la gloria y la derrota.

MUTAMID.- ¿Para qué quiero vivir? ¿Para ver a mis hijas trabajando de criadas?

ITIMAD.- **(Dolida, le provoca.)** Pues entonces me verás morir a mí también.

MUTAMID.- ¡No hables así! **(Coge el plato y comienza a comer con ahínco.)**

(La hija entra, aún cubierta con el velo. Le acompaña un hombre oculto bajo una larga capa.)

UNA HIJA.- Padre... Un hombre ha venido a visitaros.

(Al MUTAMID e ITIMAD, casi asustados, se incorporan, humildes.)

MUTAMID.- Entra, peregrino. Que aquí, aunque pobres, cumplimos con las leyes musulmanas de la hospitalidad. ¿Es que te has perdido?

EL EXTRANJERO.- He hallado, creo, al que buscaba. ¿Eres tú, Al- Mutamid, poeta y rey de Sevilla?

MUTAMID.- Lo era. Ser rey no dura para nadie, pero la muerte es duradera para todos. ¿Quién me busca? Ya no me queda nada. **(ITIMAD y su hija se abrazan al padre.)**

EL EXTRANJERO.- No temáis, porque si antes os amé y os serví como el más fiel de vuestros visires, ahora vengo como el amigo que más os ha llorado de todos.

(EL EXTRANJERO se descubre y se arrodilla ante el rey. MUTAMID le obliga a incorporarse y le abraza, entre lágrimas. Todos lloran emocionados.)

MUTAMID.- ¡Ben Al-Labbana! ¿Es posible?

LABBANA.- ¡Mi rey y señor, mi reina! ¡Qué largo y doloroso ha sido llegar hasta aquí!

MUTAMID.- Aún debe amarnos Dios por traerte hasta nosotros. ¡Qué alegría! Pero... ¡Entra!... ¡Entra en esta casa! Verás que ya no tengo morada, más que el cielo estrellado y el barro que nos acuna... ¡Amigo!

LABBANA.- He sufrido tanto sin veros...

ITIMAD.- Somos proscritos, y vivimos en la miseria, noble Labbana. Sólo agua tenemos para darte. Agua y lágrimas...

(Se marcha a por más agua. Los hombres se sientan uno frente al otro.)

MUTAMID.- Ya no tengo criados educados ni de confianza con quien despachar mis asuntos personales. Discúlpame por mi pobreza, pero ¿no es natural que la Luna llena se eclipse?

LABBANA.- Habláis como el poeta que también tuvo que ser rey. ¡Mi señor! ¡Cómo han sucumbido nuestros sueños!

ITIMAD.- ofrece agua al recién llegado.

MUTAMID.- Veo que sabes de nuestras pérdidas. Nuestros hijos cayeron y yo he tenido que sobrevivir para llorarles.

LABBANA.- De toda la España musulmana, tan sólo han quedado libres de los almorávides Mostáin de Zaragoza y la Sahla, de los Beni-Razin. Yusuf se ha adueñado de todo Al-Andalus... ¡Perro traidor!...

MUTAMID.- Al-Andalus murió con Motacín de Almería, con Abfallah de Granada, con Ibn-Rachic de Murcia, con Motawakkil de Badajoz... Murió con todos nosotros. Los hombres del mañana ya sólo podrán soñarlo entre sus ruinas.

LABBANA.- Los poetas, los filósofos, los científicos... todos los hombres de bien han acabado muriendo o marchándose, incluso a tierras cristianas. Los cadíes y los jueces de Yusuf han sembrado el terror con sus bárbaras costumbres del desierto. Es una locura. Pero paremos de llorar un instante, porque la dicha me ha permitido volver a verte, amado rey. Os he traído algunos presentes y algo de dinero. Pero todo se me antoja poco para el más generoso de los hombres...

ITIMAD.- Alá te bendiga, Labbana. Os haré algo de comer. Ven, hija, dejemos a los poetas intercambiar sus sueños.

(ITIMAD y su hija salen.)

MUTAMID.- La poesía me brota dolorosa en el exilio. ¡Ojalá pudiera volver a pasar otra noche con el jardín delante y el estanquillo detrás!... Entre olivares, con la herencia de la grandeza, oyendo el susurro de las esclavas cantoras o el gorjeo de los pajarillos...

LABBANA.- Bien difícil es aceptar esta voluntad de Dios.

MUTAMID.- Si Dios quisiese aún decretar mi muerte en Sevilla. Allá serían dispersadas nuestras tumbas en el Día de la Resurrección. ¡Sevilla! ¡Pocos hombres podrán decir de sí mismos que han sido reyes de una Musa que se recostaba, plateada y flotante, sobre el Guadalquivir!...

LABBANA.- Allí todo es triste ahora, señor. Los sevillanos buenos huyeron, se lanzaron desde las murallas, atravesaron el río a nado o incluso se deslizaron por entre las cloacas para escapar de las hordas de Yusuf. Pero aún quedan quienes os lloran y os rezan por vuestra gracia. Vuestros versos corren escondidos entre las manos de gentes de bien y aún se habla de vuestro coraje y leyenda por los palacios sevillanos. Se ha acabado un mundo, sí, pero ningún reino será jamás mejor al que sucumbió.

MUTAMID.- (Incorporándose.) Me encarcelaron al llegar y ahora me han sacado de una prisión para sepultarme en otra. No moriré en Sevilla, Labbana. De alguna manera, este al que ves, yació luchando contra el enemigo, defendiendo las puertas de su reino. Lo que queda es un cuerpo que, a duras penas, cumple con sus más esenciales necesidades. ¡Y sigo escribiendo! ¡Sí! Mi reino ahora es la poesía.

LABBANA.- Tu fuiste el rey de los poetas, señor...

MUTAMID.- Y también un mal rey para los hombres. Un rey que no supo reinar, más que en versos. ¡Ay, buen Labbana, nos hemos hecho viejos! Itimad me ayuda a transcribir mis escritos, pues yo apenas veo ya nada más que imágenes del pasado, fantasmas y cadenas. (MUTAMID tiembla.)

LABBANA.- Estáis pálido, mi señor.

MUTAMID.- Es la Luna afilada, que me nombra y me hace estremecer. Son los miedos, los remordimientos y las risas de las muchachas que me enseñaron las artes del amor y todavía me avergüenzan...

LABBANA.- ¿Por qué no descansáis un instante?

MUTAMID.- Sea. Dejemos soñar a este fatigado corazón. Pero no te alejes, amigo. Quédate cerca de mí, por si me costase volver al mundo de los vivos y necesitase tu mano.

LABBANA.- (Ayudándole a recostarse, se acomoda a sus pies.) De mi mano y de mi vida entera disponéis.

(Música. Las estrellas giran alrededor del rey. A lo lejos, un murmullo de agua.)

MUTAMID.- Esto me recuerda a mis días en Silves, allá en el Algarve, cuando por las noches le pedía a Ibn Ammar que durmiese junto a mí. Juntos descubrimos los secretos del corazón. Ibn Ammar, mi dulce Ibn Ammar... ¡qué amarguras me habría de causar más tarde!

LABBANA.- No le habéis olvidado, ¿verdad?

MUTAMID.- ¿Cómo podría? Antes de que me abandonase, antes de que Itimad apareciese en mi vida, sólo tuve ojos y sentidos para aquel al que yo habría de nombrar mi hermano y mi amigo más amado: Ibn Ammar. Mi destino y el suyo recorren las mismas sendas todavía... tal y como él siempre proclamó.

LABBANA.- El corazón de los hombres es un laberinto de múltiples puertas...

MUTAMID.- Y él era el guardián de mi corazón.

LABBANA.- Creo, Señor, que el calor de vuestra mano amiga me ha dado tanta paz que el sueño ha empezado a pesar también sobre mis párpados... **(Se acomoda, semidormido.)**

MUTAMID.- El sueño de un niño, sí. Apenas quince años tenía cuando mi padre, Mutadid, me envió como príncipe para gobernar Huelva. ¡Y allí estaba él: Ibn Ammar! Nuestra amistad creció durante el asedio de Silves. ¡Cómo me subyugaban sus aventuras y sus bellos poemas! Sí, el sueño de un niño. Eran tiempos en los que todavía me era posible soñar... ¿Duermes, buen Labbana? **(Silencio.)** Bendito seas. ¿No oyes correr el agua? ¿De quienes son esas dulces voces que cantan?... **(Vencido por sus sueños.)** ¿Acaso hay algo más poderoso que un niño enamorado?... Yo os saludo, posadas mías de Silves... ¿Añoráis los días de amores como yo?... Saludos al palacio de las Barandas... ¡qué salones de mujeres!... **(Ríe, dormido.)** ¡Cuántas noches deliciosas entre sus sombras con chicas de generosos traseros y finas cinturas!... **(Ríe.)** ¡Sí!... ¡Sí!...

(Sus risas se confunden con las de unas bellas jovencuelas que, casi desvestidas, entran corriendo y salpicándose agua, entre gritos y algarabía. Las sigue IBN AMMAR, que también participa del juego. Todos

ríen y giran alrededor del rey dormido. Música de laudes. LABBANA está ausente de todo. AMMAR se detiene, juguetea, frente a MUTAMID dormido y, cómplice con las esclavas, le derrama una vasija de agua sobre la cabeza. MUTAMID se despierta dentro de su propio sueño, espantado. Todos ríen El rey, que vuelve a ser el joven príncipe, ríe y acepta la broma de sus compañeros, siguiéndoles en su nocturno juego. Apenas dirige una última mirada al durmiente LABBANA.)

AMMAR.- (Burlón.) ¡Cuántas noches deliciosas entre sus sombras con chicas de generosos traseros y finas cinturas! **(Pellizca a las jóvenes, que saltan y tratan de huir de sus bromas.)** ¿Cómo eres capaz de dormirte, Mutamid? Mira a estas bellezas que resplandecen más que la Luna y las estrellas. ¡Míralas! Blancas y morenas... **(Se lanza sobre él, acariciándole sensual.)** ¿No atraviesan tu alma como blancas espadas y morenas lanzas?

(Todos ríen. MUTAMID corre en persecución de su amigo, mientras, enérgico, agarra a una de las jóvenes y se la lleva a cuestras. Todo vestigio del sueño anterior desaparece. En un extremo de la escena crece un jardín con una gran cisterna llena de flores flotantes. La Luna se refleja sobre ella. Unos músicos yacen recostados junto a la piscina, tocando coplillas de amor. AMMAR arrebatada a un criado un par de copas de vino y brinda con su amigo. Las chicas van metiéndose en el agua.)

MUTAMID.- (Asustadizo.) No me voy a meter en el agua... **(AMMAR le mira con ojos de lobo, bebe y, amenazante, se dirige hasta él.)** ¿Qué haces? ¡No lo hagas, Ibn Ammar!. ¡No!... **(Forcejeos en broma.)**

AMMAR.- Le besa en los labios vertiéndole el vino en su interior. De un tirón despoja del manto a su amigo y lo tira en la cisterna. Coronándose con una guirnalda, hace él lo mismo y todos se meten en el agua, jugueteos y entre risas.

AMMAR.- (Abrazando a una de las jóvenes dentro del agua, a su amigo.) ¿Ves a esta gacelita que mira con narcisos y sonrío con margaritas? **(La chica, seductora, se abraza a MUTAMID que, sin dejar de mirar a su amigo, la besa y la acaricia, algo tímido. AMMAR levanta su copa.)** ¡Coperos, sirve en rueda el vaso, que el céfiro ya se ha levantado y el lucero ha desviado las riendas del viaje

nocturno! **(Un criado les sirve vino. Todos se divierten.)**
El jardín es como una bella, vestida con la túnica de sus flores y adornada con el collar de perlas del rocío... **(Los chicos y las chicas se abrazan en íntima hermandad, iniciando un sutil juego erótico. AMMAR acaricia a MUTAMID.)**... o bien como un doncel, que enrojece con el pudor de las rosas y se envalentona con el bozo del mirto.

(Crece la música, mientras los amantes se agitan por el Céfiro y se oscurecen. En otro extremo del escenario, susurran más calmadas las aguas en la ribera del Guadalquivir. Trasiago de gentes en Sevilla. TRES ESCLAVAS lavan ropas en las orillas mientras cantan alguna hermosa canción, entre ellas está, rejuvenecida, la dulce ITIMAD.)

LAVANDERA 1.- (Recitando.) Si el céfiro, cuando sopla, consintiera en llevarme, depositaría a tus pies un doncel extenuado por la pena.

LAVANDERA 2 (ITIMAD).- (Recitando también.) Pedirnos uno al otro deudas de puro amor era, en otros tiempos, la pradera feliz donde corríamos como libres corceles.

LAVANDERA 1.- ¿De quién son estos versos, Rumaikiyya? **(Burlona.)** ¿Tuyos?

ITIMAD.- (Jovial, ríe.) ¡No, tonta! Son de Ben Zaydún de Córdoba. El más celebre de los poetas que prestan sus servicios al rey Mutadid.

LAVANDERA 3.- ¡Demasiada poesía hay ya en Sevilla! ¡Lavad, niñas, y dejáros de versos!

(Una mujer, extrañamente vestida, se acerca a beber agua junto a las lavanderas. Es una HECHICERA que, ¿sin querer? oye la conversación del resto de las mujeres.)

LAVANDERA 1.- El príncipe Mutamid dicen que es el más grande poeta de todos. **(Susurrando.)** He oído que su padre el rey lo ha hecho llamar a Sevilla para apartarle de los amores íntimos que sostiene con el aventurero Ibn Ammar...

HECHICERA.- (Enigmática.) No hay murallas, ni prisiones, ni hechizos que puedan hacer nada contra los amores, lav andera...

ITIMAD.- (Curiosa.) ¿Quién eres, mujer? Hablas como una profeta...

HECHICERA.- Soy una hacedora de encantos, de eso me gano la vida, ya ves... Si no fuese mujer, sería una famosa astróloga, pues la misma ciencia que los hombres aprendí en las escuelas de Bagdad, de Damasco y de Alejandría, que es donde me concibió mi madre con una estrella...

LAVANDERA 3.- (A sus compañeras.) No le habléis, que cuánto más sepa el diablo, más fácil nos hará caer en sus tentaciones... ¡Largo de aquí, bruja! **(Da palmadas para espantarla. ITIMAD trata de evitarlo.)**

ITIMAD.- ¡Déjala que hable! No ha dicho ninguna mentira. Yo pienso como ella: nada puede separar a los amores que son verdaderos, porque les unieron las saetas de un Dios y, por naturaleza, éstos habrán de consumir juntos su destino...

LAVANDERA 3.- ¡Palabrería! Lava y calla, Rumaykiyya.

HECHICERA.- (A ITIMAD.) Así te llaman, pero no es ese tu nombre. **(ITIMAD se queda petrificada, mira a sus compañeras.)** Pronto dejarás de ser esclava, antes incluso de que termines de aclarar las prendas que lavas...

ITIMAD.- (Sonrojándose.) ¿Qué dices, mujer?

LAVANDERA 1.- (Riendo, bromea.) Pues esto hay que terminar de lavar, así que no me dejes la faena, ¿eh?

ITIMAD.- Soy soñadora, pero no alcanzan a tanto mis sueños...

HECHICERA.- ¿Por qué lo dices si sabes que no es cierto? **(ITIMAD está muy ruborizada.)** Dentro de ti está escrito el libro de tu destino y en él -tú misma puedes leerlo tan claro como estas aguas- apareces coronada como una reina bienamada.

ITIMAD.- ¿Quién eres, hechicera? ¿A qué has venido a Sevilla?

HECHICERA.- A servirte, ¿aún no te lo han dicho?

ITIMAD.- Yo soy pobre y esclava. Ese libro que tú dices son mis fantasías y mis poemas. A lavar con estas manos estoy predestinada, nada más.

HECHICERA.- Sí. Antes y después, eso hacías y eso harás. Pero hay un sueño en el ahora de tu vida. ¿Por qué desconfías de mis palabras? Mira a aquel que antes mencionabas, Ibn Ammar, el amigo del príncipe. Miserable nació y su destino le ha cambiado el rostro...

ITIMAD.- Ahora es el gobernador de Silves, dicen. Y también un gran poeta. He oído que el príncipe Mutamid y él han venido juntos a Sevilla para asistir a una de esas famosas reuniones literarias del palacio... **(Sueña.)**

LAVANDERA 3.- ¡Demasiados poetas! En la corte parece que no piensan en otra cosa, más que en dar festines y en cultivar flores. Pero a mi amo lo fuerzan a pagar cada vez más impuestos... ¡Lavad, niñas y no oigáis a esta maga! ¡Vete a encantar serpientes y déjanos lavar tranquilas!

LAVANDERA 1.- Que Alá me perdone, amiga. Pero si tu amo escribiese algunos versos, quizás se ganaría el favor del príncipe... **(Recita, grotesca, burlona.)**... "Al perderte, mis días se han cambiado y se han tornado negros, cuando contigo hasta mis noches eran blancas"... **(Ríen.)**...

LAVANDERA 3.- ¿Blancas dices?... ¡Eso! ¡Blanquea y lava, que es lo tuyo!

ITIMAD.- ¿Por qué os burláis? La poesía es la flor del Hombre, y es semilla para los pueblos nobles del mañana.

LAVANDERA 1.- Oh, Rumaykiyya... ¡Tú sí que eres una gran poeta!

HECHICERA.- Llámala Itimad, que es su nombre, y su amo Rumayk ahora no la acecha. **(ITIMAD se queda paralizada.)**

ITIMAD.- ¿Cómo puedes saber mi nombre o el nombre de mi amo?...

HECHICERA.- Ojalá no supiese a veces tantas cosas... Sé tu nombre y el del hombre que te hará su esposa y su reina. Pero no temas, pequeña, a ti te salvará siempre la poesía.

LAVANDERA 3.- (Algo molesta y celosa...) No se puede ser poeta y esclava, niña. Trágate esos sueños, deja de oírla y lava. **(Muy trascendental.)** Ya el río se beberá tus lágrimas...

(La LA VANDERA 1 e ITIMAD se miran sorprendidas por la "sensibilidad" de su compañera y, sin poder aguantar, estallan en carcajadas. La voz del muecín irrumpe con fuerza en los cielos de Sevilla. Las jóvenes, interrumpen su labor y se cubren los rostros para continuar después con su quehacer. De entre el gentío, vienen caminando el príncipe MUTAMID e IBN AMMAR, ambos elegantemente ataviados, mientras se desgarran la voz del Islam por las entrañas de Al-Andalus. La HECHICERA se incorpora y, perdida entre la multitud, se acerca sigilosa a los recién llegados, casi oculta...)

MUTAMID.- (Inquiriendo a su compañero, que mira burlón a las gentes.) Si sigues así llegaremos tarde a la mezquita. **(Feliz.)** ¡Admira Sevilla! ¿No es la más bella de todas las ciudades?...

AMMAR.- ¡Que diferentes somos, príncipe Mutamid! Tú te has criado entre opulencias de lujos y regalos. Yo, sin embargo, no tengo nobles ancestros y, contrariamente a la tuya, mi vida ha estado siempre llena de luchas, desalientos, decepciones y pobreza. **(Sombrío.)** No tengo prisas por llegar a la mezquita...

MUTAMID.- (Comprensivo.) ¿Por qué blasfemas Ibn Ammar? Todo eso acabó. Ya eres visir y, además, mi más amado amigo. ¿Por qué has de estar tan triste?

AMMAR.- (Riendo.) No es tristeza, es ironía. ¿Cómo podría ser más fiel si siempre estoy a tu servicio? Tu destino y el mío recorrerán la misma senda para siempre.

MUTAMID.- Tú no me sirves, Ammar. Eres mi amigo.

AMMAR.- Eso quería decir pero, de los dos, eres tú el mejor poeta...

MUTAMID.- ¿Ah, sí? Pues no me vas a la saga, ¿sabes? Añádele a este verso otro con el mismo metro y la misma rima... **(Los dos se divierten, mientras las gentes corren hacia la mezquita, convocados por el muecín.)** A ver... He aquí el muecín que anuncia la hora de la plegaria...

AMMAR.- (Ríe, pensativo.)... Al hacerlo espera que Dios le ha de perdonar sus numerosos pecados...

MUTAMID.- (Renegando. Sonríe.)... Que sea feliz, puesto que da testimonio de la verdad...

AMMAR.- (Serio, imitando a los cadíes.)... ¡Siempre que crea en su interior lo que dice su lengua!... (Estalla en carcajadas.)

MUTAMID.- (Alzando los ojos.) ¡Siempre desconfías de los hombres!

AMMAR.- Por que les conozco. Tu padre no me quiere aquí contigo.

MUTAMID.- Pues yo sí te quiero, Ammar. ¿También desconfías de mí?

(La HECHICERA está colocada justo a la espalda de IBN AMMAR. MUTAMID no la ve entre las gentes.)

AMMAR.- (Guarda silencio, muy oscuro.) Hay voces que me dicen que tus manos, un día, me darán la muerte.

HECHICERA.- (Susurra al oído de IBN AMMAR las mismas palabras y al mismo tiempo que éste, sin que MUTAMID lo advierta.) ... Sus manos, un día, te darán la muerte... **(IBN AMMAR, aterrizado, se vuelve para ver desaparecer a la HECHICERA entre la muchedumbre. Se levanta un súbito viento que desconcierta a los amigos.)**

MUTAMID.- (Primero calla, espantado. Luego ríe y se abraza a su amigo.) ¡Desconfía entonces de esas voces, pues no hay nada más imposible que lo que ellas proclaman! ¡Venga! ¡Corramos a las oraciones!

AMMAR.- (Aterrizado por la visión.) ¿No has visto? ¿No has notado el viento? ¡Mira cómo se agita el río!

(Caminando llegan hasta las lavanderas, que les atienden sumisas.)

MUTAMID.- (Juguetón.) ¡Atención, señoras! ¡Oigan al más grande poeta responder a este humilde acróbata de las letras!... **(Pomposo)**... La brisa ha convertido el agua en una loriga...

(AMMAR, abstraído, no sabe cómo responder a su justa poética. Las Lavanderas, alertadas ante la presencia real, apenas pueden moverse.)

MUTAMID.- ¡Vamos, Ibn Ammar! ¡No me dejes en mal lugar ante nuestro público! A ver... "La brisa ha convertido el agua en una loriga"...

(AMMAR se ha quedado sin inspiración y yace distraído buscando a la HECHICERA. ITIMAD, que es curiosa y atrevida, apartando su velo se pone en pie y, tras aguardar una respuesta del visir, se dirige al príncipe.)

ITIMAD.- ... Loriga magnífica, en efecto, para un día de combate, siempre que el agua estuviera helada...

(MUTAMID se queda petrificado, embelesado ante la belleza y el descaro de la joven lavandera. De hecho, apenas puede apartar la mirada de ella. IBN AMMAR - tan lúcido- se percata de la situación y frunce el ceño. Comienza una música alegre, que bien podría ser la obertura de una herida en el corazón del visir o una melodía de bodas del Magreb. Se desarrollan paralelamente dos escenas. De fondo, y en silencio. MUTAMID coge por la mano a ITIMAD y la hace girarse, para admirarla. ITIMAD sonríe nerviosa y guiña el ojo a sus compañeras, que apenas pueden contenerse de la emoción. En ese instante entra en escena, amenazante, RUMAYK, el dueño de la esclava que, con mal humor, agarra a su sirvienta y hace intento de llevársela. MUTAMID le detiene y le lanza al recién llegado una bolsa con monedas, mostrándole el sello real. RUMAYK, algo dudoso, acaba cediendo y postrándose ante MUTAMID.)

(En la soledad de otro plano, queda IBN AMMAR, que se ha apartado de la escena de amor y dirige sus confesiones al público.)

AMMAR.- Itimad... Así, como yo, que vine de la nada a ocupar la siniestra del príncipe, así vino Itimad a su diestra, a cambio de unas monedas a su amo el muletero. Así es Mutamid, generoso y enamorado. Leyenda fui desde entonces, y ella, reina de su rey y de sus pueblos. ¿Dónde está escrito que el mundo tenga que ser así? Aquí acabó mi gloria, hermanos, y empezó mi destierro. No habrán de

faltarle a Ibn Ammar ni el respeto, ni el cariño ni la victoria; de la misma manera, no habrán de faltarle tampoco ni el dolor, ni el silencio ni la injusticia que alguien escribió sobre su cuna para el resto de sus días. ¿Qué contará la Historia ahora de este amor oscuro frente a este otro que en Sevilla nace hoy para ser cantado por el resto de los siglos? Torcido es mi destino pero habrán de torcérmele a la fuerza. He visto en los ojos de él los ojos de ella y he visto mi cabeza sesgada rodar hacia la escoria de los malditos. ¡Mirádoslos! (MUTAMID e ITIMAD **acaban por besarse con infinita ternura. El pueblo les contempla y les vitorea.**) ¡Salud, Mutamid! ¡Salud, Itimad! ¡Que no os falten ni el amor ni los hijos en vuestras largas vidas!

(IBN AMMAR **hace ademán de marcharse. Los presentes aplauden a la pareja. MUTAMID, descubre al desbocado AMMAR y le retiene.**)

MUTAMID.- (Feliz.) ¡Ammar! ¿Dónde estabas? ¡Comparte conmigo que he hallado a la mujer que quiero! (Advirtiendo el dolor en su rostro.) ¿Qué te ocurre? (AMMAR le mira, casi a punto de llorar.) ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

AMMAR.- Dice el proverbio que quien no comprende una mirada, nunca entenderá una larga explicación. (Hace intención de marcharse, anda unos metros y, repentinamente, halla a la persona que buscaba. La HECHICERA le toma la mano y le dice unas palabras al oído. AMMAR, acompañado de la HECHICERA, vuelve al lado de su amigo, totalmente desencajado.) Lamento entristecerte con esta amarga noticia, mi amigo y señor Mutamid. Vuestro padre el rey Mutadid ha muerto súbitamente. (Arrodillándose.) ¡Déjame que sea el primero en postrarse ante ti! ¡Que Alá te bendiga, rey Mutamid!

(Todos se arrodillan, incluso ITIMAD, casi perplejos por la noticia.)

TODOS.- ¡Que Alá te bendiga, Al-Mutamid, rey de Sevilla!

MUTAMID.- ¡Y poeta de Al- Andalus!

(Comienza una música de ceremonia y de fiesta. Unos criados visten de galas al rey y a la reina, improvisan un banquete y celebran una gran boda en los salones del Alcázar. ITIMAD, en un momento, se dirige hacia la HECHICERA y, abrazándola emocionada, la invita a quedarse siempre junto a ella. Danzan las bailarinas y acuden a la fiesta todos los cortesanos de Sevilla. IBN AMMAR acaba abrazando a su amigo y felicitándolo por su enlace. Todo Sevilla lo celebra.)

(Tras un fuerte artificio, todo queda en penumbra y ya, tan sólo, el rumor de una fuentecilla cercana del jardín susurra en la noche de Luna. ITIMAD y MUTAMID quedan solos, coronados, uno frente al otro.)

MUTAMID.- (Despojándose de la corona.) ¿Itimad o Rumaykyya?

ITIMAD.- (Imitándole.) ¿Mutamid o Ben Abbad?

MUTAMID.- Itimad y Mutamid. **(Ambos se admiran, mientras se desprenden de sus ropajes.)** Acércate.

ITIMAD.- (Provocativa.) Soy tu esclava: me compraste y obedezco.

MUTAMID.- No. Soy yo tu servidor y tú mi reina. Jamás otra amante ha poseído el corazón de su amado como Itimad el de Muhammad.

ITIMAD.- (Casi a su lado.) ¿Está bien aquí?

MUTAMID.- (Agarrándole las manos.) Un encuentro de amor nunca estará lejos de nosotros si tu pasión es como la mía.

(Los amantes se arrodillan uno frente al otro. La música y la luz deben de ser dulces y la escena, sensual.)

ITIMAD.- Mi deseo es estar contigo siempre.

MUTAMID.- ¡Concedido!

ITIMAD.- Asegúrame que cumplirás tu promesa y no te cambiarás cuando partas lejos.

MUTAMID.- (Dejando ver su torso desnudo.) Di cabida a tu nombre aquí, escribiendo sus letras: Itimad.

ITIMAD.- (Imitándole.) Mírame, amor... aquí nace el Guadalquivir.

MUTAMID.- (Acariciándole.) En un sueño vi tu pómulo y tu pecho; aquella manzana mordí, aquella rosa recogí. **(ITIMAD sigue el juego y le imita, besándole a continuación.)** Cuando me has dejado besarte, he olido tu lozano resuello y he creído que era sándalo...

ITIMAD.- Oh, plenilunio perfecto y tierra que brilla bajo su luz. ¿Cómo podría yo imaginar que habrían de ser ciertas las palabras de la hechicera?

MUTAMID.- ¡Ella te vio como mi elegida de toda la humanidad! ¡Estrella! Aliento de mi jardín perfumado. ¡Oh, señora mía de los ojos lánguidos! Daría hasta mi vista y mi oído para rescatarte, pero ¿cuándo me curaré de lo que arde en mi corazón con el fresco toque de tus dientes?

(Los amantes acaban por besarse apasionadamente y por entregarse al amor. Va descendiendo lentamente la luz en esa parte de la escena. La Luna, mora y rabiosa de celosías, se derrite sobre la Pradera de la Plata y rielas en la piel helada del Guadalquivir.)

(Luz en otra parte de la escena. En ella se distinguen varios personajes: el poeta IBN Zaydún, ya anciano, IBN AMMAR, elegantemente ataviado, IBN LABBANA, varios amigos, poetas y visires del rey, y "esbeltos coperos y coquetonas esdavas cantoras". La HECHICERA, algo apartada, yace siniestra en algún extremo del lujoso salón de los alcázares sevillanos en el que se desarrolla la escena. Todos los personajes están aguardando la llegada del rey libremente distribuidos en la estancia.)

UN VISIR.- Sevilla vive años de gloria, ¿no os parece? Por un lado la conquista de Córdoba y por otro, el regreso de nuestro admirado Ben Ammar... **(AMMAR agradece receloso el cumplido.)**

AMMAR.- La gloria es para el que la irradia, y todos sabéis que ésta pertenece al rey Al-Mutamid, que Alá guarde muchos años.

IBN ZAYDÚN.- (Corrosivo.) ¿No echáis de menos el gobierno de Silves, Ammar?

LABBANA.- (Advirtiendo el enojo en AMMAR.) Ben Ammar ha sido llamado por expreso deseo del rey a la corte de Sevilla y eso a todos nos alegra.

IBN ZAYDÚN.- (Mirando de reojo a AMMAR.) ¿Sabrá Ammar que el corazón del rey ama con todas sus fuerzas a su reina?

AMMAR.- Seguramente visir, Ammar sepa más del corazón del rey de lo que podáis imaginar. (ZAYDÚN se revuelve, pese a su edad.) Pero no soy yo quien para explicarle al gran poeta Ibn Zaydún, ferviente amado de su amada Wallada, ningún secreto del amor.

IBN ZAYDÚN.- (Enfurecido.) ¡Atrás, demonio! Si el rey Mutamid aún viviese no te pavonearías por esta corte con tanta insolencia...

AMMAR.- Es el rey Mutamid quien desea que yo esté aquí. ¿Os falla ya la memoria, anciano, y no sabéis quién os gobierna?

LABBANA.- (Intercediendo. Todos están pendientes de la discusión.) Amigos... Os ruego no os dejéis llevar por antiguas afrentas y celebremos en paz y juntos la toma de Córdoba...

AMMAR.- ¿Viejas afrentas decís, Ibn Labbana? ¡No doy crédito! (Señalando a IBN ZAYDÚN.) Ese anciano tan aparentemente benigno y mágico poeta ha tratado siempre de separarme de los favores del rey. Urdió contra mí para que Al-Mutamid me exiliase a Silves y no se detuvo hasta que me vi apartado en la corte de Zaragoza. ¿Por qué te duele tanto mi presencia, Ibn Zaydún? Si has amado tanto como dicen tus versos, ¿por qué es tan negro e hiriente tu corazón?

IBN ZAYDÚN.- Porque he visto en tus ojos la traición.

AMMAR.- (Ríe.) ¿Además de poeta sois ahora visionario? (Mirando a la HECHICERA, que calla.) Creí que el rey ya tenía bastante con su protegida, la hechicera de Alejandría... ¡Mira que te hacen competencia mientras estás ahí sentada!

IBN ZAYDÚN.- No nombres a esa arpía y tiembla. Habrá un fin para tu ambición, Ben Ammar. ¿No lo ves?

HECHICERA.- Habrá un fin para todos, Zaydún. Y tú habrás de ver el de tu hijo.

IBN ZAYDÚN.- ¡Calla, temeraria, que aún puedo ahogar esa lengua de víbora que tienes con una sola de mis manos! ¡No hables si no eres preguntada!

HECHICERA.- Perdón, visir. La boca se me abre sola y es ella la que habla.

IBN ZAYDÚN.- Pues ten cuidado por que si hablas lo que no debes, yo te profetizo que te habrán de cortar la lengua. **(Risas.)**

HECHICERA.- Mis profecías escribiré entonces.

AMMAR.- (Poeta delirante, coquetea con una esclava.) Escríbeme a mí lo que profetices a Ibn Zaydún, maga. Mi pupila rescata lo que está preso en la página: lo blanco a lo blanco y lo negro a lo negro...

(Todos ríen las excelencias del visir IBN AMMAR, excepto IBN ZAYDÚN, que hace aspavientos con las manos en tono de desprecio.)

LABBANA.- ¡Ya basta, amigos! ¡Llega el rey!

(Al-MUTAMID y su primogénito (de unos doce años), entran en escena ricamente vestidos. Todos hacen una reverencia. MUTAMID se acerca con su hijo hacia AMMAR que, tras arrodillarse, es levantado y abrazado por el rey.)

MUTAMID.- ¡No hay alegría en la casa de los Abbadíes si no está en ella el amado Ibn Ammar! **(Bromea a sus invitados.)** ¿Acaso hay algo que celebrar que yo ignore? ¡Cuántos amigos juntos y qué dicha me produce verlos! **(A su hijo.)** ¿Tú que dices, Abbad? Mira al gran poeta Ibn Zaydún, gloria de nuestras letras y amado tanto por mi padre como por mí. Y al fiel Ibn Labbana, más querido cuanto más pasan por nosotros los días y sus noches. Mira también a la Hechicera del reino, pero no la inquietas nunca sin temor, pues ella guarda las llaves del conocimiento. ¡Y admira a todos estos grandes amigos que hoy nos honran con su tertulia! Los reyes y príncipes de Sevilla os abren sus puertas y su corazón. **(Todos hacen reverencias y sonrían.)** Mirad vosotros a mi hijo y deseadle parabienes, pues mañana parte hacia Córdoba para gobernar la ciudad que su padre conquistó. **(MUTAMID ríe. El joven príncipe saluda a los presentes y ¿desaparece?)** ¡Bien!

¿Y de qué hablaban mis visires? ¿Asuntos de gobierno o de la poesía?

LABBANA.- Pues de ambos, mi rey, aunque aguardábamos tu presencia, que es la más docta en ambas disciplinas. **(Todos asienten.)**

IBN ZAYDÚN.- ¿No vais a deleitarnos con alguno de vuestros versos?

MUTAMID.- Tengamos Justa Poética, entonces.

LABBANA.- Mira rey. **(Invita a levantarse a un joven poeta de entre los asistentes.)** Este es `Abd al-Yalil de Murcia, y alumno de la academia de poetas que, gracias a tu generosidad, ennoblece Sevilla y es orgullo de todo el reino.

MUTAMID.- Bienvenido, `Abd al -Yalil.

‘ABD AL-YALIL.- **(Haciendo una reverencia.)** Gracias, señor. ¡Me placería tanto oíros!

(Una joven pasa y despierta la curiosidad del rey. Éste la detiene y, delicadamente, vierte sobre sus vestidos una jarra con agua y pétalos de rosas.)

MUTAMID.- Me enamoré de su fina cintura y paso seductor entre lanzas y espadas. **(Invita al joven poeta a contestarle.)**

‘ABD AL-YALIL.- **(Dudando, pero ansioso. Mira a la joven entornando los ojos.)** Su belleza es seductora y su piel tan delicadísima que casi, casi se ve su interior por fuera. Está mojada de agua rosal; de su hermoso cabello caen gotitas como el rocío del ala de un pájaro.

(Los presentes, asombrados, aplauden al joven.)

AMMAR.- `Abd Al-Yalil es un magnífico poeta, mi rey. Pero es geógrafo y es pobre. Antes nos expresaba sus dudas acerca de un rey fabuloso que regaló mil pesos a un poeta cuyos versos fueron de su agrado.

MUTAMID.- ¿Es cierto eso? **(El joven poeta asiente, muy tímido. El rey hace una seña a uno de sus criados.)** ¡Pues dadle mil pesos a este joven poeta, para que no padezca la incredulidad ni la miseria en la casa de este rey!

(El rey mira con complicidad a AMMAR. ‘ABD AL-YALIL se arrodilla ante el monarca sin salir de su asombro. ZAYDÚN asiente con la cabeza, advirtiendo la influencia de AMMAR sobre MUTAMID. Todos aplauden y están maravillados.)

LABBANA.- ¿Cuándo ha tenido Sevilla un rey tan generoso? ¡Gloria a Al-Mutamid, poeta y conquistador de Córdoba!

MUTAMID.- En la guerra soy de los que ponen el corazón en el lugar del escudo.

IBN ZAYDÚN.- Para el corazón del rey, la generosidad es más deliciosa que el triunfo.

AMMAR.- ¡Rey, valiente cazador y combatiente!

MUTAMID.- Yo galanteaba a Córdoba, la Hermosa, cuando ella rechazaba a los demás galanes que la requebraban con espadas y lanzas.

HECHICERA.- Como os sirvo debo advertiros, rey Mutamid. Preguntados los Arcanos, me dicen que hay negras sombras para los Abbadíes en la ciudad de Córdoba.

MUTAMID.- Pues yo seré nieve y luz que ensombrezcan esos augurios, no temas.

IBN ZAYDÚN.- Nadie lo duda. Pero desconfiad también de los cristianos, mi rey. El infiel acecha siempre agazapado tras los sueños.

LABBANA.- Y son los bereberes los que están en Toledo, en Badajoz y en Granada.

MUTAMID.- Ya son nuestras las plazas de Ronda, Morón, Jerez, Arcos, Niebla, Huelva, Silves, Faro y Córdoba. Algún día los sueños de Al-Andalus se harán realidad y aplastarán a los infieles.

IBN ZAYDÚN.- Pero el rey Alfonso exige y aprieta más y más. Los faquíes critican vuestros excesos y los tributos que impone el monarca cristiano harán algún día flaquear nuestros tesoros. Si no pagáis, volverá a invadir nuestros reinos y devastará aldeas y mezquitas sin piedad. Sé que soy viejo. Serví a vuestro padre y ahora quiero serviros igualmente. Si me lo permitís, podría desplazarme hasta él y...

AMMAR.- Con todos mis respetos, Zaydún. Os ruego que dejéis en mí esa responsabilidad. Yo despacharé con el rey cristiano. Atiéndeme rey, porque arde en mi corazón, como siempre, el deseo de seros fiel y el de servirlos. **(ZAYDÚN agacha la cabeza y MUTAMID agarra con fuerza a su amigo.)**

MUTAMID.- Ibn Ammar... Tú eres mi escudo, cuyos autores se inspiraron en el cielo para que las lanzas no lo penetraran. Esculpían las Pléyades en él estrellas que arbitran nuestra victoria... Amigo mío... Lejos de ti estarán mis ojos, mi alma: tu brillo, tu grandeza. Ve y háblale con mi boca a ese inculto rey cristiano. A que no ostente tanto poder y a que se retracte de sus deseos de guerra le llamo. Pero sé sabio, que no sé si temer más a los cristianos que a nuestros propios hermanos de África por sí, algún día, que Alá no permita nunca que nos llegue, podamos necesitar de sus alianzas.

AMMAR.- Sabéis que he estado otras veces en su corte. Más que tu embajador, seré tu lengua y tu razón.

IBN ZAYDÚN.- (Cínico.) Sí, Ammar. Pero no olvides que es el rey quien te lo manda y que no has de ser tú un rey mandado. **(Risas.)**

MUTAMID.- ¿Qué dicen los oráculos de esta embajada, hechicera?

HECHICERA.- No se me dictan sinrazones en contra. Deja que vaya el visir Ibn Ammar y él coronará con gracia y triunfo tu nombre y tu causa.

MUTAMID.- (Satisfecho, a AMMAR.) Parte en el acto, amigo del alma. **(Saliendo con AMMAR.)** ¡Que tiemblen con razón nuestros enemigos, porque pronto el león caerá sobre ellos!

(El rey sale con su amigo, todos le reverencian.)

IBN ZAYDÚN.- Ciego está el rey ante las ambiciones de Ibn Ammar.

LABBANA.- No comprendo la hostilidad que le tenéis.

IBN ZAYDÚN.- Entre nosotros, Labbana... Y sin ánimo de hablar contra Al-Mutamid, que bien sabéis cómo le amo, el rey es tan excelso poeta como débil monarca.

LABBANA.- Si esas faltas que decís fueran ciertas, nosotros estaríamos, como ministros, obligados a subsanarlas.

IBN ZAYDÚN.- No me forcéis a decir lo que no quiero, que mis ojos ven demasiadas sombras...

(LABBANA hace un gesto y todos los cortesanos se marchan de la estancia. Sale la última la HECHICERA.)

HECHICERA.- Y sombras seguirán viendo siempre, Ibn Zaydún. Pero templad vuestra alma. El destino que a todos nos aguarda es tan inesperado como cierto. A este sueño le seguirá el súbito despertar bajo una cascada de agua, y a ella, innumerables penas y un mar de cenizas y de lágrimas. Córdoba se rebelará mañana y pasado será Sevilla el escenario de nuestra condena. ¿Queréis que calle o que siga hablando?

IBN ZAYDÚN.- Quiero que te mueras y que no tardes en hacerlo, triste agorera.

HECHICERA.- Sea. No tardarás en tenerme allí también de compañera.

(Sale. ZAYDÚN reniega, viéndola marchar.)

IBN ZAYDÚN.- ¡Qué triste corte ésta, llena de supersticiones y de erróneos protegidos!

LABBANA.- Hablad ahora, Ibn Zaydún y no hagáis caso de esa inventora de quimeras.

IBN ZAYDÚN.- Sí. Sois testigo de que ante nosotros se disfrazan pasiones con puras amistades. Al-Mutamid es frágil y está hechizado por la influencia de Ammar. Él le controla, le ciega, le conquista con bellas palabras...

LABBANA.- Nuestro rey es amor. No hay nada impuro en él. Y su amistad de ahora con Ibn Ammar ya hace años que no roza lo que insinuáis...

IBN ZAYDÚN.- ¿No? **(Sonríe.)** ¡Es aún peor! Ibn Ammar es egoísta, ansía poderes que no son suyos y acabará por exigir cada día más y más.

LABBANA.- Me consta su fidelidad al rey.

IBN ZAYDÚN.- Los qadíes están descontentos con la corte. Bien sabéis cuánto detesto sus posturas radicales y pretéritas, pero murmuran y sus murmullos llegan al pueblo, a los oprimidos por los impuestos, a los ciegos que siguen con ceguera a un Dios que no entiende los despilfarros de la corte, ni los antojos de la reina, ni los caprichos de un rey que todo lo da con tanta generosidad... Ya visteis con qué gratuidad premia a cualquiera que pida grandezas... ¿no?

LABBANA.- Parecéis amargado, Ibn Zaydún, perdonad que os lo diga. ¿Acaso os parece mal que el rey apoye a los poetas o dé a su reina tan amada todo lo que ella antoje?

IBN ZAYDÚN.- No me entendéis, amigo. Sólo digo lo que es, sin enjuiciarlo. Callo entonces, porque todos aquí vivimos de esa regia generosidad. Pero Sevilla va más allá de este palacio y allá afuera no llegan los versos ni el amor que irradian los corazones que lo habitan. Yo he soñado y he padecido excelsos amores. A mi edad, he aprendido a ver entre esos velos, la oscura realidad de los hombres.

LABBANA.- Sosegáos, Ibn Zaydún. Y que Alá no permita jamás que se cumplan ni vuestros oscuros augurios ni los de la siniestra hechicera. Yo creo en lo que veo, y lo que veo es luz y alegría: un sueño que todos soñamos en esta Sevilla de los Abbadíes.

IBN ZAYDÚN.- **(Sonriendo.)** Soñemos entonces y dejemos a cada hombre ver su alba.

(Todo se oscurece. En un extremo de la escena se iluminan las antorchas del campamento de ALFONSO VI. Dentro de la tienda aparecen varios soldados cristianos, el monarca y el visir IBN AMMAR. Todos están admirados ante la belleza de un gran ajedrez de oro y ébano. En otro extremo del escenario, MUTAMID e ITIMAD juegan también al ajedrez. Ambas escenas deben ser paralelas e independientes entre sí.)

ALFONSO.- **(Boquiabierto.)** Jamás vi un ajedrez igual, amigo Ammar. ¿De qué está hecho?

AMMAR.- Las piezas son de ébano y sándalo incrustados en oro. Puedo aseguraros, Alfonso, que ningún rey tiene un ajedrez semejante. Es una pieza magnífica y única.

(ALFONSO ríe y mira a sus lacayos.)

ALFONSO.- Conocéis mis gustos y antojos, visir. Es soberbio.

AMMAR.- (Sonríe.) Haremos una cosa, rey Alfonso: jugaremos juntos; si pierdo, el ajedrez será vuestro, pero si gano y o podré pedir lo que quiera.

ALFONSO.- (Riendo.) ¡No, no! La apuesta que me pedís me es desconocida y podrías pedirme una cosa que no os pueda dar.

AMMAR.- (Frío.) Como queráis. Si tan seguro estáis de perder...

(El rey observa a sus súbditos que miran embelesados la belleza del ajedrez y le animan a hacerlo. ALFONSO duda entre miradas. Finalmente acepta.)

ALFONSO.- Sea.

AMMAR.- Vuestros súbditos serán testigos de vuestra palabra.

(Y comienzan la partida. Mientras, en la otra parte de la escena, ITIMAD mueve desidiosa las piezas del tablero.)

MUTAMID.- ¿Qué te sucede, Itimad? No estás en el juego...

ITIMAD.- Estaba distraída.

MUTAMID.- (Comiéndole una ficha.) Pues, ya ves, tu distracción ha sido fatal para tu jugada...

(ITIMAD abandona definitivamente el tablero y se asoma a una imaginaria ventana.)

ITIMAD.- ¡Qué bonitas las barquitas iluminadas en la orilla del río! ¿No sueñas a veces con bajar en una de ellas hasta el mar?...

MUTAMID.- (Con ella.) Tú sí que eres bonita, reina mía. Pero, ¿qué es lo que te inquieta?... Hablas como si estuvieses prisionera y desearas librarte de mí.

ITIMAD.- (Dulce.) No me inquietan tus devaneos con algunas de las esclavas... (MUTAMID **agacha la cabeza.** ITIMAD **le acaricia.**) ¡No me preocupan, en serio! Tampoco me preocupa tu amistad con Ibn Ammar, mientras, como te advertí, no le des más poder del que ya tiene. Lo que me ocurre a veces es que... (**Ríe.**)... ¡Me siento inútil y demasiado sola!...

MUTAMID.- ¿Cómo?

ITIMAD.- (Sin para de reír.) Esta mañana vi a unas esclavas haciendo ladrillos en el patio, empezaron a jugar con el barro y me sentí vieja, aquí encerrada todo el día, rodeada de lujos y consumiéndome entera... ¡Qué ganas me entraron de bajar me con ellas!

MUTAMID.- (Riendo también.) ¿Eso tienes? Pero no ha de mancharse una reina como tú con el lodo de los esclavos. Yo haré para ti un barro de esencias, de almizcle, de jazmines y de perfumes... Podrás embadurnarte sin temor con tus esclavas, y jugar con ellas en el patio sin que el pueblo vea a su reina sumergida en el fango...

ITIMAD.- (Feliz.) ¡Oh, Mutamid! (**Los dos se oscurecen para desaparecer.**)

(**La luz vuelve con fuerza a las penumbras del campo de batalla.**)

AMMAR.- (Moviendo la ficha.) Jaque mate, mi señor rey.

ALFONSO.- (Sudoroso.) Habéis ganado, Ammar.

AMMAR.- Según hemos convenido, ¿puedo pedir ahora lo que quiera?

ALFONSO.- (Mirando de reojo a sus súbditos.) El rey Alfonso es un hombre de palabra, sin duda. Veamos: ¿qué es lo que exigís?

AMMAR.- (Tranquilo.) Que os volváis a vuestros estados con vuestros ejércitos y renunciéis a hacer más incursiones en el reino de Sevilla.

(ALFONSO se levanta, furioso. AMMAR ni se inmuta.
Los súbditos del rey no saben qué decir. El monarca
camina de un lado a otro, nervioso...)

SÚBDITO DEL REY.- ¡Señor! ¡Vos sois un hombre
de honor y debéis cumplir vuestra palabra!

ALFONSO.- (A sus soldados.) ¡Vosotros tenéis la culpa
pues me convencisteis de jugar con el visir! (Trata de
calmarse. Saca de un baúl una gran hacha, luego se
dirige hacia AMMAR.) Vete, llévate tu ajedrez
maravilloso y dile a tu rey que, de momento, no habrá más
expediciones. Pero hazle saber que, en compensación, le
exigiré el doble de los tributos...

AMMAR.- Los tendrás, Señor.

ALFONSO.- Ve en paz, Ammar. Siempre serás bien
recibido en la corte del rey Alfonso. (Le da el hacha.) Y
entrégale este presente a Mutamid. Quizás le sirva algún día
para defenderse. No duran eternamente los sueños ni la paz,
ni siquiera la suerte. Advértele de ello.

(El visir, simbólicamente, entrega la pieza del rey a
ALFONSO, como un presente, mientras se apagan las
antorchas del campamento y todo queda sumido en la
oscuridad. Música. Se ilumina una estancia del Alcázar.
MUTAMID observa desde una ventana y ríe. Entran
IBN AL LABBANA y dos visires más.)

MUTAMID.- (Riendo.) ¿Habéis visto a la reina y a sus
esclavas jugar en el barro? (Los visires atienden, con
extrañas caras.) ¿Y esas caras? ¿Qué tenéis que decirme?

LABBANA.- Cosas buenas y malas, mi rey.

MUTAMID.- Empezad por las buenas, sino no podré
saborearlas.

LABBANA.- Ibn Ammar ha parado las incursiones del
rey Alfonso y lo ha devuelto a León. A cambio de doblar
los tributos.

MUTAMID.- Pues si estas nuevas son las buenas...

LABBANA.- El monarca cristiano os hizo llegar con él
este presente.

(Los visires le entregan el hacha.)

MUTAMID.- Para ser un ignorante, se nota que está ese rey arabizado con el uso de sus metáforas. Un arma preciosa. Es simbólico, ¿no? Y decidme, ¿dónde está Ammar?

LABBANA.- Endiosado con su triunfo y aventurero como sabéis que es, ha tomado destino a Barcelona, con intenciones de entrevistar a su rey, el peludo Ramón, y trabar con él alianzas para conquistar Murcia...

MUTAMID.- Ammar toma demasiadas decisiones por su cuenta... En fin... ¿Y cuáles son las malas noticias?...

(Un grito desesperado de mujer se oye desde el patio. Le sigue un lamento y un llanto.)

LABBANA.- Las lenguas corren más que nuestras penas, mi rey.

MUTAMID.- ¡Hablad, por Alá, Labbana!

LABBANA.- El sanguinario Ibn-Ocacha, aliado con Mamún, han provocado la rebelión en Córdoba. Vuestro hijo... el buen Abbad...

(ITIMAD, cubierta de barro, seguida de algunas esclavas que la acompañaban durante el juego, entran en la estancia. Todas lloran. ITIMAD tiembla...)

ITIMAD.- No es verdad... No es verdad... ¿Verdad que no, Mutamid?... El no ha muerto... dime que no ha muerto... dime que su cabeza sigue hermosa aún sobre sus hombros... dime que todo es mentira y haz que pare este dolor que me nace aquí dentro y me está partiendo entera... dime que sigo siendo madre del más bueno de los hijos... dime, amor, que yo misma me estoy quedando muerta y el barro de mis juegos me está convirtiendo en piedra...

(MUTAMID mira con dolor a LABBANA, éste asiente cabizbajo. Música y redoble de tambores. Los reyes se abrazan y quedan sumidos en un inmenso dolor.)

LABBANA ayuda a las esclavas a llevarse a la reina. El rey echa a todos con su silencio y, casi enloquecido, traza con el aceite de una antorcha un círculo de fuego, quedándose él dentro. Con el hacha en la mano, delira, entre lágrimas...)

MUTAMID.- Me han dicho, hijo mío, que saliste a defender Córdoba casi desnudo, pues estabas dormidito y tan sólo rodeado de algunos fieles cuando el traidor fue a degollarte... Y me han dicho que durante dos noches tu cuerpo desnudo se quedó tirado en la calle... hijo mío... Me han dicho que un imán que caminaba advirtió tu cadáver y que, al reconocerte como el joven príncipe, te cubrió con su capa... ¡qué hombre noble y generoso!... Pero el maligno Ibn-Ocacha luego te cortó la cabeza y la ha paseado por toda Córdoba en la punta de una pica, haciendo huir a mis fieles y convocando a los traidores en la gran mezquita... Guerra, ¿no es eso?... ¡Guerra!, ¡Guerra!, ¡Guerra!... ¿Qué le pasa a los hombres que no entienden de versos y sólo sienten hambre de sangre?... ¿Para qué sembrar un Edén donde siempre han de crecer espinas? ¡Ay, sueños míos! Durante años he tratado de no usar las armas para construir un reino de paz y de belleza. No me temen, hijo mío. Nadie me teme sino derramo sangre. ¿No será entonces mi Sevilla un Parnaso de poetas y de ángeles? ¿No podremos nunca reinar sobre los sueños?

¡Ay, qué débil rey soy ante la muerte! ¿Guerra?, ¿sangre?, ¿dolor?... Eso os daré entonces. Y perdóname, poesía, que más me duele a mí ser ahora -antes que poeta- padre, rey y hombre. ¡Aunque tarde años Córdoba será de nuevo mía y he de vengar tu crimen, hijo mío! Clavaré el cadáver del traidor sobre una cruz y a sus pies, para que lama su sangre, habrá de velarle un perro, y a Córdoba le seguirá Toledo y, si no pudieron mis versos, serán mi odio y mis crueldades las que escriban la historia de Al-Andalus entre el Guadiana y el Guadalquivir. Será esta Mesopotamia mía o ya no lo será jamás de nadie. Que no quede nada, más que lo que a gritos me pedís... ¡Guerra!, ¡Guerra!, ¡Guerra!... (Se derrumba, llorando.)

(Redoblan nuevamente los tambores. Gritos y fuegos. Varias hogueras se prenden en los distintos extremos de la escena. MUTAMID desaparece. Entre la confusión, un personaje vestido de harapos y colgantes aparece agazapado y oculto: Es la vieja HECHICERA de los Abbadíes, que yerra entre las ruinas del tiempo. En otro

extremo aparece, sudoroso y magullado, el altivo IBN AMMAR, espada en mano y asustado.)

AMMAR.- ¡Traidores! ¡Maldita raza la que os trajo al mundo, sierpes de la noche! ¡Ah, Ibn Ammar, estás de nuevo solo!... **(La HECHICERA se revuelve y se aferra a los pies del visir.)** ¿Eh?... ¿Qué es esto? **(Le da una patada.)** ¡Aparta de mí, apestado!... **(Se dispone a darle muerte.)**

HECHICERA.- ¡No me matéis, visir, que soy un espejismo!

AMMAR.- (Desconcertado.) ¿Quién eres?

HECHICERA.- Pregúntame cualquier cosa del pasado, del presente o del futuro, pero nada de mí, por que es inútil.

AMMAR.- ¿Te burlas? ¿Quién eres te digo?

HECHICERA.- Hacía las veces de astrólogo y de médico de los Abbadíes, pero ya no tengo estrella ni porvenir.

AMMAR.- ¡Por Alá! ¡Os reconozco! ¿Qué ha pasado para que andéis así?

HECHICERA.- Profeticé la muerte de Al-Andalus, y los soñadores me han callado a palos con el exilio. Y también les profeticé la tuya, visir Ibn Ammar. ¿Me clavarás tú la pica de gracia?

AMMAR.- (Ríe.) No, profeta. Yo no mato a los que dicen obvias verdades. Todos, los hombres y sus sueños, han de morir algún día, ¿no?

HECHICERA.- No todos los sueños, señor, pues algunos hay que resucitan en las memorias de los vivos.

AMMAR.- (Más tranquilo.) Ya veo que me conoces y que conoces la fecha de mi muerte. Pero trágate la lengua y tu malfario para esos asuntos y dale alas para contarme qué estás haciendo aquí, y así, vestida como un pordiosera. ¿Tú también huyes?

HECHICERA.- Simplemente espero. Los astros lo predijeron y han empezado a caerse desde el cielo los pilares de este reino. En Sevilla, la corte controla a Mutamid y, éste, ennegrecido por el odio, se ha vuelto dañino y rencoroso. Consultó mis augurios y, como le fueron contrarios, me ha expulsado al destierro. Mandó

cortar también mi lengua, pero hipnoticé a los carceleros y huí.

AMMAR.- (Renegando.) No puedo entenderlo, Hechicera... Mutamid, mi buen hermano y amigo, ya hace años que no es ni bueno ni fraterno.

HECHICERA.- No superó la muerte de su primogénito, aunque ha tenido después más hijos, algunos -según dicen- con la reina. Bueno, eso creo... Tardó tres años en tomar Córdoba y en castigar a los sublevados. Se derramó tanta sangre que hasta Sevilla llegó el Guadalquivir rojo y lleno de muertos. Así es la ira de un rey que siempre fue bueno.

AMMAR.- Esa es la ira de un padre ante el hijo asesinado. **(Parece enloquecer.)** ¡Por Alá! ¿Qué va a ser de mí? Ibn Zaydún y su familia ya habrán hecho de las tuyas en mi contra. ¿Cómo será entonces su reacción ante el amigo que, según proclaman, le ha traicionado?

HECHICERA.- ¿Es cierto entonces que lo habéis hecho? ¿Por eso huís?

AMMAR.- (Primero ríe, luego llora.) Yo... ¡Yo le quiero!...

HECHICERA.- (Comprendiendo.) Cuando un mundo se acaba como se está acabando este, los que aman son los que sufren y perecen primero.

AMMAR.- (Ríe.) Yo he sufrido toda mi vida. Esperaba este final.

HECHICERA.- Os creía en Murcia...

AMMAR.- Y Murcia conquisté para Mutamid. Pasamos muchos peligros e, incluso, temimos por la vida del príncipe Rachid, pero, tras largas negociaciones y tretas, pudimos salvarles y el rey Mutamid me abrazó de nuevo como a su salvador. ¡Yo conquisté Murcia para él y en la corte me acusaron de soberbia! Le atosigaron y le indujeron a pensar que yo ansiaba el poder y a rebelarme... ¡ellos sí que con su traición consiguieron ennegrecer en mi contra el corazón del rey! De entre ellos y sobre ellos culpo a Ibn Zaydún, que no cesó de calumniarme y de interpretar malignamente mis acciones hasta que el rey empezó a ver por los ojos de éste claros signos de mi infidelidad. ¡Qué triste y repetitiva historia de injusticias!

HECHICERA.- Escribisteis versos e injurias contra el rey Mutamid y la reina, todo el mundo conoce esa historia.

AMMAR.- Me defendí de los que él escribió antes. Me defendí de tanto desprecio y yo también soñé con otro Al-

Andalus... Pero en Valencia me llegó la traición y la noticia de la condena de Mutamid. Y huí. Desde entonces he vagado por la corte cristiana de León, por Lérica... hasta llegar aquí, a Zaragoza. Tratando de conquistar Segura para el príncipe Mutamín, he sido traicionado por los Beni-Sohail, y ya no tengo escapatoria. Ya no me quedan amigos, ni ejércitos ni reinos fieles. Ya no me quedan sueños ni armas con que defenderlos. **(Ríe.)** Ya sólo me quedas tú... ¿Para qué quiero saber ya mi porvenir? Estoy muerto, no hace falta que me lo leas en las tripas de una bestia. Me lo gritan aquí las mías..

HECHICERA.- Mira entonces en tu corazón, que es la víscera del fuego. Quizás arda en él aún el amor que te fue negado un día en las orillas del Guadalquivir y te fue regalado en las noches de Silves...

AMMAR.- No son justos nuestros exilios.

HECHICERA.- Tampoco lo son ahora nuestros reinos. A mi muerte, cuenta dos Lunas y le seguirá la tuya, y a la tuya, cinco años después, llegará la de este sueño de Al-Andalus...

AMMAR.- Ahora te recuerdo totalmente. Tú estabas en mi cuna, te oí por primera vez en Silves, una noche que dormía junto al rey, y luego fuiste tú la que me tocó la espalda entre el gentío de Sevilla. **(Ríe.)** Ha cambiado tu cara, a veces has sido mujer, otras hombre y otras basilisco, pero siempre has sido mi fiel sombra y siempre me aclaraste el negro sino. Ven, espíritu, y déjame que te acepte y que me aceptes.

(Ambos, confraternizados, se abrazan y empiezan a reír. Irrumpen en ese momento varios soldados que les dan el alto.)

SOLDADO 1.- ¡Date preso, Ibn Ammar!

(Los soldados les rodean, enfilándolos con sus lanzas y saetas. Detrás de los soldados aparece RADHI, hijo de MUTAMID.)

RADHI.- Encadenad al visir, pues hoy deja ya de serlo.

AMMAR.- (Desconcertado, no opone resistencia a sus carceleros.) ¿Vuestro padre, príncipe Radhi, ordena que me hagáis esto?

RADHI.- Los Beni-Sohail os han hecho esclavo y mi padre, el rey Mutamid, os ha comprado. Así me acompañaréis a Córdoba. ¿Qué mejor trato esperáis siendo un traidor?

AMMAR.- El trato del que ha sido amigo. El trato que me merezco por que os he visto crecer.

RADHI.- Mal habéis pagado la caridad que se os ha dado, Ammar. Vuestros versos y vuestras acciones han empozoñado el recuerdo y el cariño que todos os teníamos. ¡Prended a la mendiga que le acompaña!

AMMAR.- ¡No! A ella dejadla libre, que sólo me dio conversación y consuelo...

RADHI.- ¿Quién es?

AMMAR.- Sirvienta vuestra fue y amiga. ¿No reconocéis a vuestra astróloga?

(El príncipe se acerca, la reconoce, le abre la boca y le saca la lengua. Luego se vuelve y, de espaldas, dice sus últimas palabras.)

RADHI.- ¡Matadla entonces! Condenada estaba a guardar silencio y, viendo que aún tiene lengua, esa es la única manera de asegurarse.

AMMAR.- (Horrorizado.) ¡No! ¡No!

(Los soldados cumplen la orden y degüellan a la HECHICERA. AMMAR la observa morir, aterrorizado. Los soldados le empujan y le obligan a andar, precedidos por RADHI.)

AMMAR.- (A un soldado.) ¡Horror de su profecía! Decid, soldado... ¿en qué Luna estamos?

SOLDADO 2.- Esta noche es Nueva, señor.

(Música. Las carcajadas de AMMAR se confunden con sus lágrimas y con una súbita oscuridad. Las llamas

desaparecen y en el cielo, una Luna roja empieza a iluminarse como y en el sentido de las manecillas del reloj.)

(Música de quejío. Un pasillo de soldados con antorchas escoltan al preso IBN AMMAR hasta el salón real. Si se viera preciso algunos miembros de la muchedumbre podrían acercarse al reo para insultarle o lanzarle objetos. AMMAR, malherido, triste y oscuro, avanza agonizante. En el salón real están los visires y, sobre sus tronos, MUTAMID e ITIMAD.)

AMMAR.- ¡Con qué celeridad se desplazan ya los cuerpos celestes sobre mis ojos! Dos Lunas son un instante: ¿qué tarda un mismo aire en ser inspirado y expirado?... Aquí llego, sin alas, sin derechos, a que todo me sea negado. ¡Ay, amado Mutamid! ¡Cuán extraños son los secretos del destino! Ya una vez me predijeron que habría de llegar un día en que me fuera más grato estar lejos que cerca de ti. Te temo, porque tienes el derecho de quitarme la vida; espero, porque te amo con todo mi corazón...

IBN ZAYDÚN.- (Adelantándose ante el reo, le acusa.) En la conquista de Murcia te adueñaste de bienes de los tesoros reales. Entraste en la ciudad a tambor batiente y con las banderas desplegadas, en un triunfo que hiciste más para tu gloria que para la del rey que te manda...

AMMAR.- (Al lejano aún MUTAMID.) Ten piedad de aquel cuya adhesión inquebrantable conoces, del que no tiene más mérito que amarte sinceramente. Nada he hecho que pruebe de mi parte negligencia ni presunción.

IBN ZAYDÚN.- (Siguiéndole en el desfile.) ¿No? Diste audiencias dándote aires de soberano, cubierto como los reyes.

AMMAR.- ¿Cómo es posible que tu bondad no me alumbre con sus rayos como el relámpago alumbra las tinieblas de la noche? ¿Cómo es posible que ni una tierna palabra venga a consolarme como dulce brisa?... Oye a este infame que me sigue... ¡él y no yo ha destruido la imagen que de mí tenías! ¿Así me retiras tu mano después de veinticinco años de amistad? **(Cae.)** De rodillas imploro tu clemencia y suplico que me perdones...

IBN ZAYDÚN.- (Mostrándole un papel.) ¿No es tuya esta sátira en la que injurias con todo tu odio a los abbaditas?... ¿No dices en ella que el rey eligió de entre las

hijas del populacho a la esclava que ahora es tu reina? ¿No escribiste que ella parió hijos libertinos y hombrecillos rechonchos que la avergüenzan? ¿No es tu letra la que dice: "Mutamid, yo mancillaré tu honor, yo desgarraré los velos que cubren tus topezas, y yo los haré caer a pedazos"?

(La corte está compungida. MUTAMID está cabizbajo. ZAYDÚN, colérico.)

AMMAR.- Nada niego señor de lo que acabas de decirme. **(Mirando por fin y con odio a ZAYDÚN.)** ¿De qué me serviría negarlo si hasta las piedras hablarían para atestiguar la verdad de tus palabras? **(A MUTAMID.)** He faltado, te he ofendido gravemente, ¡pero perdóname!

(Silencio.)

MUTAMID.- Lo que tú has hecho no se perdona. **(Se levanta y le da la espalda.)**

AMMAR.- ¿Y lo que has hecho tú conmigo, Mutamid? **(Todos se conmocionan. MUTAMID tiembla.)** Tan cierto es que te debo todo como cierto es que luego todo me lo arrebataste. ¿Ya no soy tu escudo? ¿Cuántas veces me dijiste en secreto, "si no fuera por los ojos de los mirones, y mi desconfianza en las habladurías de mi guardia, os visitaría trepando sobre las caras o arrastrándome sobre las cabezas"? ¿Qué te ha cambiado en el corazón? ¿Qué te avergüenza ahora que ni siquiera me miras? ¿No has tenido siempre de mí todo lo que me pediste? **(MUTAMID oscila, duda y se retuerce, entre la cólera y la locura.)**

MUTAMID.- ¡Basta! ¡Basta! **(ITIMAD va hacia su lado y trata de calmarle, él se deshace de ella.)** ¡Tus sentimientos y los míos nunca fueron comparables! Incluso ahora son distintos: ¡Te aborrezco!

AMMAR.- (Sorprendido.) Pues siempre para mí lo fueron... Han pasado los años, amigo. Muchos errores se han añadido ya a nuestras respectivas vidas. Ya hace tanto tiempo que me negaste... y ¿te he pedido yo algo? ¡Contesta!

IBN ZAYDÚN.- ¡Callaos y obedeced al rey!

AMMAR.- La soberbia y el rencor se han apoderado de ti... **(Ríe.)** ¿Rey?... ¿Rey de qué?... Yo te enseñé a soñar.

¡Mírame!... **(Grita.)** ¡Mírame, maldito seas!...
(MUTAMID, por fin, lo hace.) Este al que ves eres tú mismo, tu propio yo negado, tu vergüenza, tu dolor más íntimo, tu propia poesía disfrazada. Lo que ves ya no es un sueño sino la peor de tus pesadillas. **(Ríe.)** ¡Yo soy Al-Andalus y no tú!

(MUTAMID, en un terrible arrebató, se hace con el hacha que le regaló el monarca cristiano y, sin que nadie pueda evitarlo, la arroja contra su amigo, dándole la muerte. Todos gritan. ITIMAD, aterrorizada, rompe a llorar a los pies del muerto, dando golpes a las piernas temblorosas del rey.)

(MUTAMID abre los ojos y no puede reaccionar. Parece haber perdido la razón.)

MUTAMID.- (Por fin llorando.) Tenían razón las profecías. Decían verdades las lenguas que mandé cortar. Que sea la Historia entonces la que me acuse de haber asesinado, con mis propias manos, este sueño...

(Música y Llantos. Las esclavas se llevan a la reina, desolada, y a sus hijos. Los cortesanos y los visires, renegando y llevándose las manos a la cabeza, van abandonando sin dar crédito la estancia real. ZAYDÚN, satisfecho, es el último en salir. Aún puede contemplar antes de marcharse como el monarca cae de rodillas junto al cadáver de IBN AMMAR. MUTAMID observa las heridas que las cadenas han causado en los tobillos y muñecas del que, en otros tiempos, fuera su amado amigo. Con su saliva, limpia esas heridas. Luego, le quita las cadenas y, simbólicamente, se las pone él.)

(Transformado, pálido y desencajado, abandona con pasos torpes y delirantes el salón del trono. ZAYDÚN, antes de irse, ordena a unos esclavos que retiren el cadáver. Música de plañideras. Las Tinieblas se apoderan de Al-Andalus.)

(Silba un viento invernal. Se ilumina una celosía abierta a un gran espacio abierto. La reina ITIMAD borda encajes dorados mientras, de vez en cuando, levanta su mirada hacia el horizonte. El rey MUTAMID pasa a su

lado, como absorto, perdido, andando lentamente y arrastrando sus cadenas como penitencia. ITIMAD le observa, calla y sigue en su quehacer. El monarca vuelve a recorrer los pasos andados. Música triste de guitarras.)

ITIMAD.- (Por fin decidida a hablar.) ¿No recibías hoy a los ministros, esposo? **(Silencio. MUTAMID pasea ensimismado.)** ¿Quieres que leamos juntos? **(Silencio. La reina, algo desesperada, simula su tristeza.)** Este frío no es usual en Sevilla. El río está rizado y gris... ¿Qué fueron los tumultos de esta mañana? Las esclavas dijeron que se oyeron gritos desde los patios...

MUTAMID.- (Como en otro mundo.) Revueltas... Los faqués andan soliviantando al pueblo. Hemos tenido que subir los impuestos para sufragar las defensas contra los cristianos. El rey Alfonso planea conquistar toda la península. Quizás todo se esté derrumbando.

ITIMAD.- No hables así. Quítate ya esas inútiles cadenas que te castigan y ven a sentarte junto a mí.

MUTAMID.- (Se quita lentamente las cadenas. ITIMAD le ayuda.) Aquí me tienes.

ITIMAD.- No me lo digas sino quieres, pero si lo necesitas, habla conmigo y comparte lo que aflige tu corazón. Siempre hemos estado juntos, ¿no?

MUTAMID.- Desde que te conocí tú has sido mi luz, Itimad.

ITIMAD.- Y tú mi fuerza y mi esperanza. **(Se toman de las manos.)** Todo lo que hagas yo lo aceptaré como bueno, porque así ha de ser. **(MUTAMID tiembla.)** ¡Estás helado! **(Le arroja con una capa y le abraza para hacerle entrar en calor.)** Vamos dentro. Coseré a la luz de las velas que aquí nos vamos a morir de frío...

MUTAMID.- No... estoy bien, estoy bien...

ITIMAD.- (Sonríe.) ¿Te imaginas que ahora, así de repente, comenzase a nevar?... **(MUTAMID pone una mueca de escepticismo.)** ¿Y esa cara? ¡Nada es imposible!, ¿recuerdas? Yo no lo olvidaré nunca. Complacer mis deseos ha sido siempre una constante para ti. Yo deseé ver la sierra de Córdoba nevada y tú la cultivaste entera de almendros para que yo la viese blanca. **(Ríen.)** ¿En qué reinos de la Historia un rey ha hecho más por su reina?...

(ITIMAD **niega, acariciando la cara de su esposo.**) Todo lo que te he pedido me lo has dado multiplicado...

MUTAMID.- Todo es poco para lo que mereces. En cambio, tú me lo has dado todo antes de que yo te lo pidiera.

ITIMAD.- Por que yo te amaba antes de que tú me amaras a mí, Mutamid y por eso te llevo ventaja. (**Ríe.**) Yo ya te amaba cuando lavaba en el río como esclava y oía las grandezas que se contaban de ti. Si aquel día no hubiese completado tu poema, hoy no estaría aquí. Ya desde entonces, no sólo te amaba... ¡te admiraba!...

MUTAMID.- ¡Bendita seas, Rumaiykiyya!

ITIMAD.- Itimad...

MUTAMID.- Itimad...

ITIMAD.- ¡Cuántos años juntos, Mutamid!... ¡Cuántos momentos felices!

MUTAMID.- Perdóname, esposa mía, por que temo que han sido más los desdichados que te he hecho pasar...

ITIMAD.- ¿Qué dices? De esclava me hiciste reina y me has regalado tantos hijos y poemas que creo que no habrá sobre la tierra ninguna mujer más dichosa que yo...

MUTAMID.- Temo por nuestra vejez, mi señora. Nunca ha sido tan incierto el porvenir de nuestra raza...

ITIMAD.- Algo ocurre, Mutamid. No me lo ocultes más...

MUTAMID.- El rey cristiano ha aumentado sus fuerzas y su poderío. En un alarde ha llegado hasta Gibraltar, arrasando todo a su paso y, en su desvarío, ha tomado Toledo por la fuerza...

ITIMAD.- (**Asustada.**) Pero, ¿y los tributos que le pagas?

MUTAMID.- Quiere más y más y más... Y no sólo eso. Valencia está también prácticamente a su merced. Hace incursiones en Almería, en Granada... ¡Ah!... ¡cuánto echo de menos a veces a Ibn Ammar!...

ITIMAD.- (**Prudente.**) Su avaricia pudo más que su fidelidad, no sigas torturándote. El hijo de Zaydún o el propio Labbana te son fieles aún. ¿Qué opinan ellos?

MUTAMID.- Me seguirán hasta el fin... Algunos hablan de emigrar, otros de pedir socorros a África...

ITIMAD.- ¿Y tú?

MUTAMID.- (Apoyándose en su regazo.) Yo quiero morir soñando...

ITIMAD.- Sea entonces y no dejes nunca de luchar por esos sueños, amado esposo...

MUTAMID.- ¿Qué bordas?

ITIMAD.- (Tierna.) Un mapa de Sevilla, con sus torres, sus barquitas sobre el río, el lugar donde tú y Ammar me conocisteis, los huertos blancos de azahar, los olivos, las murallas, la pradera de la plata, los palacios y todos nuestros recuerdos llenos de felicidad...

MUTAMID.- (Abrazándola.) No me dejes nunca, amor mío. No me dejes jamás...

(Los reyes se abrazan. ITIMAD acuna al rey a su regazo, cual piedad. Nievan pétalos de flores de almendro. MUTAMID se adormece.)

ITIMAD.- (Acariciándole el cabello, tararea...) Sueña que me quieres y quíereme en sueños. Pero no dejes de soñar ni de quererme...

(El rey se despierta gritando y sobresaltado...)

ITIMAD.- (Asustada.) ¡¿Qué?!... ¿Qué te sucede?...

MUTAMID.- (Tartamudea.) Por un momento, no supe si soñaba o si lo que estoy viviendo ahora es un sueño... (Llora, desesperado.)...

ITIMAD.- (Abrazándolo de nuevo.) Ya, ya... estás aquí. Eres Al-Mutamid, poeta y rey de Sevilla...

MUTAMID.- Ya no lo era en el leve sopor del sueño. Tú estabas triste y vestida de harapos, con las manos sucias y no había un palacio, sino un cobertizo rodeado de secos huertos, miserable y macilento... pero era tan real, más real aún que esto... ¡Me estoy volviendo loco!...

ITIMAD.- Si estábamos juntos, ¿donde estaba la pesadilla?... ¡Anda, vive y sueña! ¡Que aún no estamos muertos!... (Sonríe.)...

(Entra un criado.)

UN CRIADO.- Mi rey. Los gobernadores ya han llegado y os esperan.

MUTAMID.- (Incorporándose y arrojando las cadenas al vacío.) No... ¡aún no estamos muertos!

(MUTAMID y su criado se dirigen a otro extremo del palacio. ITIMAD queda sola, preocupada, casi llorando... Lentamente desaparece. En el salón real están su hijo RACHID, IBN ZAYDÚN, IBN LABBANA y varios cadíes y visires más. Todos están con papeles y en medio de una reunión de urgencia.)

IBN LABBANA.- Mi rey... Estos son: Mocana, Cadí de Badajoz, Ibn-Hadam, Cadí de Córdoba y Abú- Djafar, Cadí de Granada. (Todos hacen reverencias.) Les envían sus príncipes dispuestos a unir sus fuerzas a las tuyas en la lucha contra los infieles...

MUTAMID.- Os saludo gobernadores. Sed bienvenidos a Sevilla. Pero actuemos sin más demora. Alfonso nos está cercando demasiado, se excede en sus tributos y nos engañó desde que nos restituyera la plaza de Almodóvar, saqueando nuestras tierras. Todos estamos en peligro, Todos estamos amenazados por la misma fiera y nos será imposible defendernos por separado. No es una cuestión de hermano contra hermano ahora, ni siquiera es una cuestión de un Dios contra otro, sino una guerra por la supervivencia...

ABU-DJAFAR.- ¿Qué decís? ¡Es la guerra de Dios, rey!... ¡Llamemos a nuestros hermanos de África!

UN VISIR.- ¡Poneos en camino, andaluces!... porque quedarse aquí sería una locura.

ABU-DJAFAR.- ¡Llamemos a los beduinos de Ifrikia!

IBN ZAYDÚN.- ¡No! Esos pueblos son famosos por su ferocidad... ¿Quién nos garantizaría que, una vez en Al-Andalus, no se dedicasen a saquearnos a nosotros en lugar de a combatir a los cristianos!

MUTAMID.- Tendremos que pedirselo a los Almorávides. Son los berberiscos del Sahara y hace mucho que abrazaron el Islam. Si hay que poner a un Dios como escudo lo pondremos.

MOCANA.- ¿No lo es para Mutamid?

MUTAMID.- Alá me dio el corazón por escudo y desnudo habré de defenderlo.

MOCANA.- (**Confundido por el aire poético, él es algo rudo.**) Señor... Mi rey y vuestro reino mantienen buenas relaciones con el rey almorávide Yusuf Ibn-Techufin. Incluso ya en otras ocasiones hemos recurrido a su ayuda para luchar contra los cristianos. Él es poderoso. Su reino llega desde el Senegal hasta Argel. Yusuf y sus ejércitos son nuestra única esperanza...

MUTAMID.- No confío en Yusuf. ¿Alguien de los presentes sí?

(Silencio. Se hacen reproches.)

IBN ZAYDÚN.- Sólo los ministros de la religión le veneran. En él ven a un verdadero seguidor de Alá. Para ellos, todos somos demasiado "tolerantes". ¿Cómo se financiarán las estancias de sus ejércitos? ¿Cómo podremos controlarlos luego? Si se alían con los faquíes, perderemos igualmente y los salvados por Alá serán exclusivamente ellos.

MOCANA.- ¡Eso no ocurrirá!

RACHID.- Padre... ¿Sois consciente del peligro que significará la llegada de los Almorávides?

MUTAMID.- ¡Sí, sí! ¡Todo lo sé y es verdad! Pero no tenemos otra elección. No quiero que pueda censurarme la posteridad de haber sido causa de que Al-Andalus sea presa de los infieles; no quiero que mi nombre sea maldecido en todas las cátedras musulmanas, y, si tengo que elegir, prefiero ser mejor camellero en África que porquero en Castilla.

IBN-HADAM.- Creo que ya está claro lo que debemos hacer.

MUTAMID.- Vosotros iréis junto a Ibn Zaydún a la corte de Yusuf. Invítadle en nombre de vuestros soberanos a nuestra guerra y hacerle ver que es la suya. Hacedle jurar que no despojará de sus estados a los príncipes andaluces. Que desembarque en Gibraltar o en Algeciras.

IBN ZAYDÚN.- Esa será la primera plaza que pida a cambio. La tomará por la fuerza. Eso hará.

MUTAMID.- (Decidido.) Pues si es estrictamente necesario, dádsele.

(Los cadíes y los visires salen tras reverenciar al rey. Quedan RACHID, LABBANA y MUTAMID. Suenan trompetas y tambores de guerra.)

RACHID.- Llegan tiempos de guerra.

LABBANA.- Ya parece que nunca nos abandonaron. Ocurrió en Roma que abrió sus puertas a los bárbaros: vengamos a quien vengamos, ya nunca volveremos a donde estábamos.

MUTAMID.- Aunque sea por un mito, es nuestro sino luchar por él en la Historia. El rey Mutamid ya no quiere tierras, tan sólo las que le sirvan para enterrarle a él y a su sueño. Que sea tierra de Sevilla al menos. Guerra otra vez, guerra siempre... **(Quejumbroso.)** Guerra... guerra... guerra...

(Música. Todos se atavían para la gran batalla. En un extremo de la cruz, ALFONSO VI con algunos de sus soldados y estandartes. En los extremos de la Luna, aparecen los andaluces y los almorávides, con YUSUF y MUTAMID en sus vanguardias, sus banderas y sueños desplegados. Música y ritmos marciales. Los soldados se aproximan al centro de la escena y al llegar, arrojan violentamente sus armas y escudos construyendo una montaña de dolor y de chatarra. Mientras tanto, alguien canta un romance a la Luna y a la Cruz ensangrentadas.)

Los estandartes
de los caballeros
si ciernen como pájaros
en torno a sus enemigos.
Las lanzas dictan
y escriben las espadas,
el polvo del combate
arena que seca la carta,
la sangre lo perfumaba.

En Al-Andalus
blanco es el vestido
en señal de luto.
Miradnos, vestidos
con el blanco de las canas.
Estamos de luto
por nuestra juventud.

(La danza de la guerra acaba con un sonido seco y estremecedor. Silba la nada. Arden los estandartes cristianos. Todo se ha cubierto de polvo y humo. MUTAMID, YUSUF y ALFONSO quedan solos frente a la montaña, de la que brota un manantial de sangre derramada.)

YUSUF.- (Muy rudo.) ¿Qué tengo yo con que esas gentes sean degolladas? Todos son enemigos. Y me gustan estas tierras...

ALFONSO.- La mayor parte de mis hombres yacen aquí muertos o heridos en el campo.

YUSUF.- A partir de esta batalla de Zalaca, rey cristiano, o abrazas el islamismo o serás tú el que habrá de pagar tributos...

ALFONSO.- Hemos evacuado Valencia y levantado el sitio de Zaragoza. Pero en el Este nos volveremos a encontrar, temblad entonces...

MUTAMID.- Entonces necesitareé tus ejércitos de nuevo, Yusuf... para conquistar y proteger Murcia.

YUSUF.- ¡Malditos reyezuelos poetas! ¿Qué creéis que somos? No os necesito para luchar contra los infieles. En verdad, sois un estorbo para mí.

MUTAMID.- (Desolado.) ¿Qué víbora invité yo a reptar en estos reinos? Ves, Alfonso... Tendrás nuevos vecinos ahora, por lo que veo...

ALFONSO.- No es a Alfonso al que habéis vencido. Rey de Sevilla, los de tu sangre serán los que se vuelvan contra ti.

YUSUF.- Os revelaré algo que no sabéis, Mutamid. Tengo alianzas secretas con el Cadí de Granada, Abu-Djafar y también con Motacín, rey de Almería. Pediré una

fetva a los faquíes y será el Islam el que me pida a gritos que os destrone, uno por uno, a todos los príncipes herejes de Al-Andalus. **(Ríe.)** Os ordeno a todos suspender los impuestos. ¿Qué pueblo no me aclamará ahora como el salvador, como rey de todos los musulmanes de occidente?

ALFONSO.- Seguiréis soñando, Yusuf, por que España ha de ser cristiana. Aunque no hayan de verlo mis ojos y sí los de mis hijos.

MUTAMID.- (Desesperado.) ¡Ayúdame tú entonces, Alfonso!

ALFONSO.- ¿Ayuda me pides, rey de Sevilla? ¿Qué locura es esta?

YUSUF.- (Riendo.) Parecéis mujerzuelas conspirando...

ALFONSO.- (Pensándolo.) No os negaré mi mano, Mutamid, a pesar de esta derrota. Habéis sido siempre un digno rival y os comprendo más que a este bárbaro. Pero a cambio habréis de ofrecerme tantas cosas que ya no volveréis a ser ni tan rey ni tan alto.

YUSUF.- Mira, Mutamid, que ahora lucharéis contra vuestro propio Dios.

MUTAMID.- Será ese mi destino. Pero cuán distinto veo yo a tu Dios del mío.

YUSUF.- No tendré piedad.

MUTAMID.- Sea. Moriremos luchando.

ALFONSO.- ¡Venganza!

YUSUF.- ¡Guerra!

MUTAMID.- ¡Qué pena de mi Al-Andalus!

(Los monarcas se marchan de la escena. Los soldados de cada ejército retornan a coger de nuevo sus armas y estandartes. Da comienzo nuevamente la guerra. Esta vez son los estandartes de YUSUF los únicos que permanecen.)

(Salón del Alcázar Real. ITIMAD y sus sirvientas están todas reunidas. Les acompañan los visires IBN LABBANA e IBN ZAYDÚN. Música de revueltas y batallas cercanas.)

UNA ESCLAVA.- (Asomada a una ventana.) ¡El rey ha conseguido expulsarlos del patio! ¡Ya regresan! ¡Ya regresan!

ITIMAD.- ¡Qué lenta agonía la nuestra! ¡Gracias a Alá! ¿Cómo está el rey?

UNA ESCLAVA.- Desencajado. Creo que viene herido, mi señora...

ITIMAD.- (Renegando.) Id a cuidar a mis hijos, que no salgan de sus estancias... (Dos esclavas salen a cumplir su orden.)

LABBANA.- Las tropas de Alfonso han sido abatidas cerca de Almodóvar por los ejércitos de Yusuf. Sólo queda Sevilla. No nos queda más que esperar.

ITIMAD.- Y morir luchando, Labbana.

LABBANA.- Con mi vida impediré, mi reina, veros morir. No os faltará mi último aliento para defenderos.

IBN ZAYDÚN.- Reina Itimad, os suplico que hagáis entrar en razón al rey. Debe rendir Sevilla o la masacre será espantosa.

ITIMAD.- Lo que él decida y o lo aplaudiré, Zaydún.

IBN ZAYDÚN.- Los faquíes conspiran, son los propios ministros religiosos los que han abierto las puertas de Sevilla a los ejércitos de Yusuf. Los pocos fieles que le quedan a Mutamid están huyendo de Sevilla.

ITIMAD.- Márchate si quieres tú también Ibn Zaydún. Serás considerado tan fiel como aquéllos que ahora nos abandonan.

(IBN ZAYDÚN guarda silencio. MUTAMID, herido, casi desvestido y con una espada en la mano, entra en la estancia. ITIMAD se arroja a sus pies.)

MUTAMID.- Grieta a grieta, hasta que se rompa, defenderé Sevilla.

ITIMAD.- Mi señor... ¿es eso lo que quieres?

(Entra RACHID, también maltrecho por la batalla.)

RACHID.- (Casi llorando.) Padre, madre... los almorávides han retrocedido hasta el río, pero han incendiado la flota. Y vuestro hijo y mi hermano Malic ha muerto en el combate...

MUTAMID.- (Casi insensible.) Nunca debió ser soldado, sino poeta. Tampoco yo nunca debí ser rey...

ITIMAD.- (Derrumbándose. Las esclavas la atienden.) ¡Malic!... ¡Ya basta! ¡Ya basta!...

RACHID.- Vuestro hijo, Ibn Zaydún, también ha perdido la vida.

(IBN ZAYDÚN parece desplomarse. MUTAMID, en un grito desesperado, clava su espada sobre el trono. Luego, cogiendo el hacha que le sirvió para matar a AMMAR, trata de cortarse las manos. Los esclavos y la reina se lo impiden. El rey cae al suelo, llorando como un niño...)

IBN ZAYDÚN.- (Llorando.) ¡Mi rey!... ¡Rendid Sevilla! ¿Qué locura se ha apoderado de vuestra lúcida mente? ¡Rendid Sevilla! ¡Os lo ruego!

ITIMAD.- (También llorando.) Manda palomas a nuestros hijos que están en Ronda y en Mértola. Diles que entreguen las plazas o no quedará rastro en esta tierra de los Abbadíes... (MUTAMID mira a su mujer.) Sí, mi amor... hazlo... hazlo... Me lo gritan aquí dentro nuestros hijos ya muertos y los que aún pueden morir... Nadie dirá nunca que no defendiste Sevilla con valor y con dignidad...

MUTAMID.- Un veneno me parecería más dulce de tragar que esta vergüenza de entregar mi reino a los bárbaros.

LABBANA.- Nadie te abandonará de los que aquí estamos, mi señor.

MUTAMID.- ¡Cómo hemos sido engañados por aquéllos que decían ser nuestros hermanos! Decían no querer nuestros reinos y lo han destrozado todo. Han arrasado Granada y Málaga y ahora le toca el turno a Sevilla. ¿Por qué nos ha tocado a nosotros vivir estos tiempos tan desgraciados?

RACHID.- (Ayudando y ofreciendo su mano al padre.) Dame tu brazo, padre, que ambos saldremos a entregarnos.

MUTAMID.- (Entre lágrimas.) Haced llamad a los soldados de Yusuf y disponéos todos para huir cuanto antes. (Mar de lágrimas. Los esclavos y los criados se marchan entre alaridos y gemidos. Salen también RACHID e IBN ZAYDÚN. Quedan en escena la reina, LABBANA y el rey. Los monarcas se despojan de sus cetros, joyas y coronas.) Itimad... esposa mía...

ITIMAD.- (Sosteniéndolo.) Aquí estoy, junto a ti. (Hace una señal a LABBANA, para que le ayude a sostenerlo. Éste lo hace.)

MUTAMID.- ¿Por qué no puedo despertar?... ¿Por qué me he quedado ciego?...

LABBANA.- No estáis ciego, mi señor. Es la fatiga...

MUTAMID.- ¡Es el miedo!

ITIMAD.- Ayudadme, buen Labbana, llevémosle a aquel catre antes de que se nos caiga en el aire...

(Entre los dos arrastran al rey y le tumban en un lecho. La disposición de los personajes debe de ir lentamente pareciéndose a la del principio de la obra.)

MUTAMID.- ¡Quiero despertar! ¡Quiero despertar! ¡No me dejéis dormir! ¡No me dejéis los ojos cerrados!...

ITIMAD.- Estás despierto, esposo mío. ¿No me ves?...

MUTAMID.- ¡No! ¡No!... Las Erinias me están mordiendo el pecho... ¿Dónde están tus joyas, Itimad?... ¿Dónde nuestro reino?...

ITIMAD.- Estás en Sevilla y tú corazón es mi tesoro máspreciado...

MUTAMID.- ¿Qué pesadilla es ésta tan horrible? ¡No dejéis que me pongan las cadenas!... ¡Ammar!... ¡Ammar!... ¡Perdóname hermano!...

ITIMAD.- Delira... ¿Qué es ese ruido, Labbana? (LABBANA se asoma a una de las ventanas.)

LABBANA.- (Sacando su sable.) Los faquies han abierto las puertas del palacio. Los soldados lo están destrozando todo y llegarán pronto. ¿Y el rey?...

ITIMAD.- (Acariciándole.) Se ha desvanecido, o quizás esté dormido... Amor... mi príncipe enamorado... Duerme,

duerme... Te querré hasta que te duermas, luego, te querré soñando. Y mañana me despertaré con tu nombre en la boca, como cada día... **(Cantándole una nana.)** Sueña que me quieres, quíereme en sueños, pero no dejes de soñar ni de quererme...

LABBANA.- (Llorando.) ¡Mi reina! ¡Ya están cerca!

ITIMAD.- (Deja dormido al rey.) Guárdale un instante, Labbana, y no le dejes. Voy a por el resto de mis hijos... **(Se vuelve hacia él.)** ¿Nos matarán aquí o nos arrastrarán por todo el reino?...

LABBANA.- (Poniéndose ante el rey.) No, mi reina. Me temo que diréis adiós para siempre a Sevilla y partiréis hacia el destierro.

ITIMAD.- ¿Habrán ríos donde lavar allá a donde nos lleven, Labbana?

LABBANA.- No lo sé, mi señora. Pero nunca os faltará la mano de este amigo...

(ITIMAD asiente, acaricia el hombro de LABBANA y sale. Se oyen los estruendos de los destrozos en el palacio. El visir se acerca a su señor y cae de rodillas junto a él, tal y como estaba en la escena del comienzo. Música.)

LABBANA.- Mi rey Al-Mutamid y su familia embarcan ya hacia el destierro... Todo lo he olvidado, menos aquella madrugada junto al Guadalquivir. Las gentes se agolpaban en las dos orillas, mirando como flotaban aquellas perlas sobre las espumas del río. Las vírgenes se quitaron los velos para rasgarse las caras de congoja.

(Llegó el momento. Todos, mujeres y hombres lanzaban el plañidero grito de su último adiós. Los barcos salían y la gente protestaba con sollozos como una perezosa caravana que el camellero arreara con su canción.)

¡Cuántas lágrimas vertidas al agua! ¡Cuántos corazones partidos acompañaron aquellos crueles barcos!...

(LABBANA queda como dormido a los pies de MUTAMID. La hija del rey entra, como al principio, acompañada de su madre y algunas viandas de comida, sin hacer ruido. De repente, MUTAMID abre los ojos, espantado, como si despertase igual que en aquel nocturno de Silves, mojado por el amor y por el agua. A la hija se le caen los cuencos del susto. MUTAMID alza los brazos, sonríe y vuelve a caer como desmayado en el lecho. LABBANA le toma el pulso y, llorando, besa su mano. La hija tiembla. ITIMAD, sonriente y cálidamente iluminada, se sienta junto a su esposo, que yace quieto. Le besa y le acaricia.)

UNA HIJA.- (Tiembla, casi llorando.) ¿Está muerto, madre?

ITIMAD.- (Casi feliz, susurrando.) No. Todo ha sido solamente un sueño...

(Música. Última oscuridad y aroma de jazmines.)

Principal bibliografía utilizada

- Al Mutamid: *Poesía*. Traducción, introducción y notas de Miguel José Hagerty. Barcelona: Bosch, 1979.
- BENABOUD, M'Hammad: *Sevilla en el siglo XI. El Reino Abbadi de Sevilla (1023- 1091)*. Sevilla: Biblioteca de temas Sevillanos, 1992.
- BOSCH VILÁ, Jacinto: *Historia de Sevilla. La Sevilla Islámica 712 -1248*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1984.
- DOZY, Reinhart P.: *Historia de Los musulmanes de España*. Tomo IV. Los Reyes de Taifas. Madrid: Turner, 1982.
- GARCÍA GÓMEZ, Emilio: *Cinco Poetas Musulmanes. Biografías y Estudios*. Madrid: Espasa-Calpe, S.A., 1959.
- GARCÍA GÓMEZ, Emilio: *Poemas Árabe-andaluces*. Buenos Aires, México: Espasa-Calpe Argentina, 1940.

- INFANTE, Blas: *Motamid. Último Rey de Sevilla*. Sevilla: Fundación Blas Infante, 1983.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio: *Ben Ammar de Sevilla. Una tragedia en la España de los Taifas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1972.